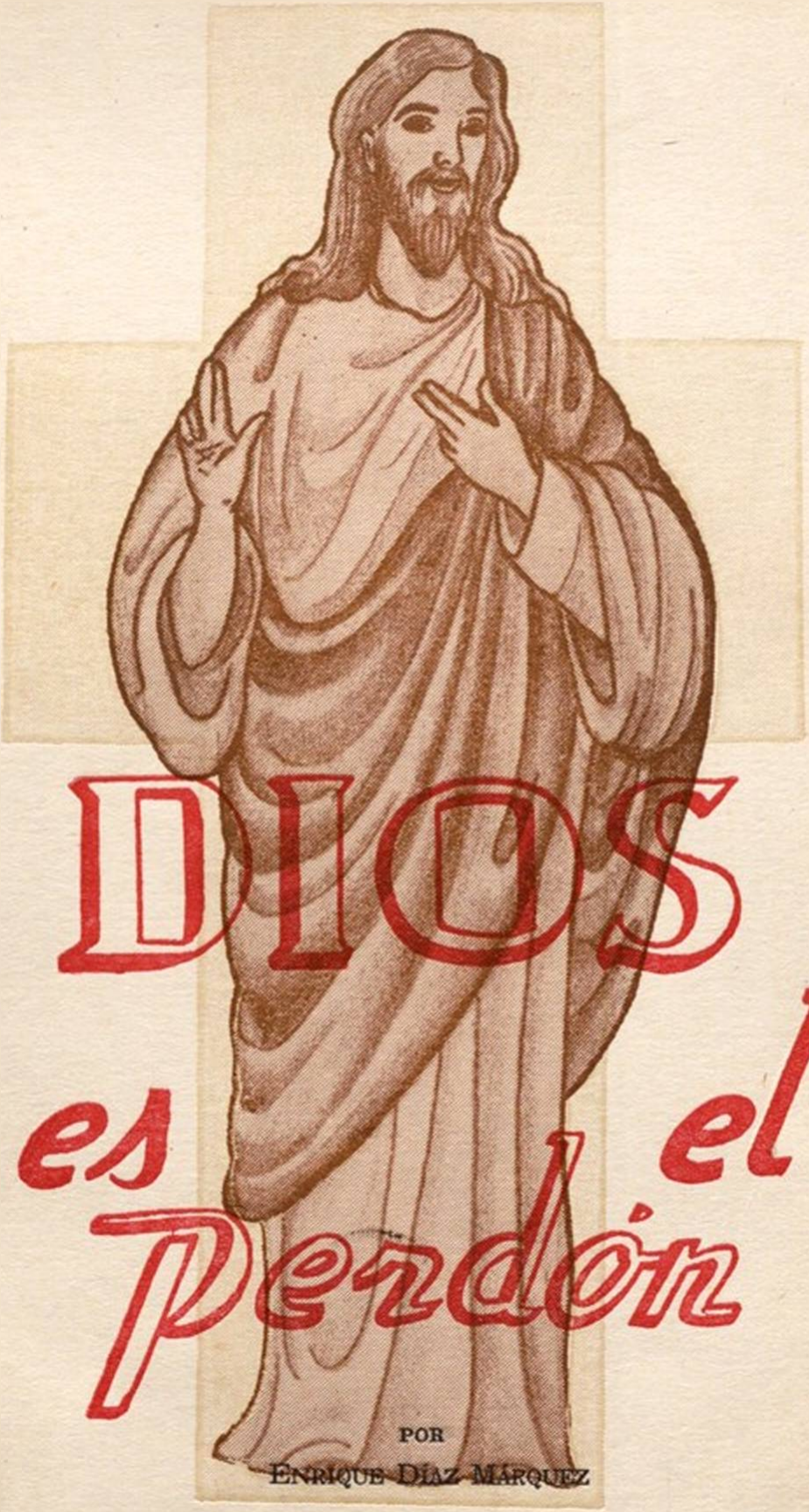


DIOS es el Perdón

POR

ENRIQUE DÍAZ MÁRQUEZ

ENRIQUE DIAZ MARQUEZ

Dios es el Perdón

PORTADA DE NIDIA SERRA

Secretaría de Estado de la Presidencia
BIBLIOTECA

EDITORA DEL CARIBE, C. POR A.
CIUDAD TRUJILLO, D. N.
1956
AÑO DEL BENEFACTOR DE LA PATRIA

Reg. No. [illegible]
REGISTRO II
No. 258

MG
27095 -10
Inv. 2018/YL
BNPH
PO-RU
231.4
D542d

D'1
221.4
D54Rd

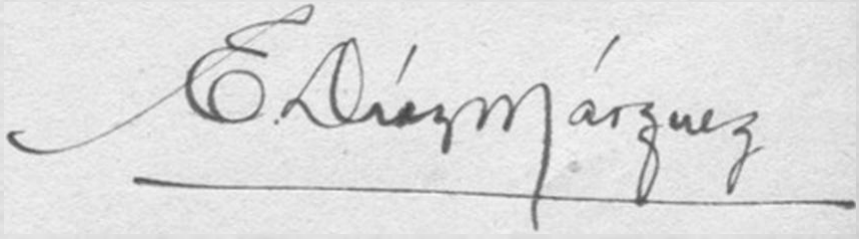
DEDICATORIA

0166830 1

Al:

Generalísimo Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, Ilustre Benefactor de la Patria y Padre de la Patria Nueva, Símbolo de dominicanidad, a quien la República y el pueblo deben, por su labor de Hombre de Estado, el que esta ERA sea reconocida como el CAPITULO DE ORO DE LA HISTORIA NACIONAL.

Enrique Díaz Márquez.



OFRENDA

A la memoria de mi padre, Don JOSE ANTONIO DIAZ Y RISCO (Don Pepe), quien templó con su carácter de hombre recto, el hilo por medio del cual debía guiarme en el laberíntico camino de la vida. Lo acompañé hasta el borde mismo del sepulcro, una mañana brillante de febrero de 1946, como última despedida cuando se fué de la vida, con el crepúsculo, la tarde antes, confiado en la bondad infinita de DIOS.

LIMINAR

BN
231.4
D542
e.1

Cuando ya estábamos finalizando la transcripción a máquina de este libro, leyendo el diario "EL CARIBE" nos tropezamos, en la página dieciséis de la edición correspondiente al día 10 de marzo del año que discurre, 1956, con una información suministrada a ese rotativo nuestro, por la Agencia noticiosa norteamericana INTERNATIONAL NEWS SERVICE, la cual, por afinar, en su realidad, con el argumento de "DIOS ES EL PERDON" que es el fruto de nuestra sola imaginación, consideramos que debíamos hacer su inserción en esta obra nuestra, a la cual, amigo lector, acogerás con la mayor benevolencia y, en esencia a su origen, nos concederás las más amplias dispensas por no poseer, nosotros, ninguna capacidad para tratar sobre la definición de esa Suprema fuerza a la cual amamos humilde e intensamente, a la vez que tememos a su Justicia, cuando vayamos, despojados de la materia corruptible, a comparecer por ante EL, para responder por las faltas y pecaminosidades que cometemos — ¡insensatos! — cegados por las pasiones a las cuales nos abisman la carne y la mente, porque les damos rienda suelta para que se desboquen y nos conduzcan a la transgresión de los Preceptos Divinos!. .

La noticia a la cual hemos aludido, hela aquí, lector:

"CONFIESA COMETIO CRIMEN HACE 47 AÑOS

Por International News Service

FORT WAYNE, Indiana, 9 de marzo. — Un enfermo de cáncer. de 75 años, confesó en su lecho de muerte que había cometido un crimen en que la víctima fué un agricultor ganadero de Pensilvania, hace 47 años.

Albert Hays, alias Stanley Mc Leod, según la Policía de Fort Wayne, dijo:

"Me estoy muriendo de un cáncer en el estómago y quiero estar bien con Dios".

El robo fué el móvil del crimen, cuyos detalles fueron confirmados por la Policía.

"No me importa lo que me ocurra ahora. Podré dormir tranquilamente esta noche", comentó finalmente".

Tal es la noticia referente al hecho delictuoso, a la patología por el criminal sufrida en sus años seniles y que le condujeron, imperiosamente, a la confesión, por la visión de la proximidad de la muerte ¡y la ineludible comparecencia ante la JUSTICIA DE DIOS!

Ahora, lector, como eres culto, siervo del Omnipotente Creador del universo y también conciente de su existencia y su Justicia, sírvete formular el criterio que te dicte tu razón y, por igual, ten presente que, si es cierto que el argumento de esta obra es producto de nuestra fantasía, en cuanto al crimen por el anciano — ficticio personaje de nuestra creación — cometido y el encuentro con el hijo de su víctima, es una realidad, extraña a todo hombre como origen de su mente fantástica, la existencia sublime de DIOS'.

INTRODUCCION

"Este es un libro amargo y audaz que muestra en su desnudez al corazón humano", así bien podría decir de "DIOS ES EL PERDON", si tomara como base la filosofía de Schopenhauer y su principio analítico expresado en una de sus obras. Y no caería en yerro si en tal forma considerara a éste producto de mi fuero, porque en sí, mi obra, resiste, plenamente, pasivamente, el estudio analítico que en base de este concepto de Schopenhauer pudiera hacérsele.

Escribir por escribir cualquier cosa — como viene ocurriendo a menudo, entre nosotros, los escritores noveles, para desgracia de nuestra literatura hispanoamericana, que es, no más, un principio de la gran cultura que puede hacer de nuestro hemisferio un rival "civilizado" de las rancias y diamantinas culturas que han venido viviendo las generaciones desde su más lejano ancestro; desde el oriente con sus misteriosas costumbres, hasta el "Viejo Mundo", con sus magnificencias y sus radiantes cabezas, coronadas con los laureles de la inmortalidad, cinceladores admirables de la verdadera cultura Universal —; escribir por escribir cualquier cosa, es una como especie de impersonalidad del hombre de este continente que tiene en sí, como trágico lastre, el eco vibrante aún del tamboril, de la flauta, de la cerbatana, del "voudu", y de las liturgias espantosas entre las que muchas veces el sacrificio humano en aras de sus paganas idolatrías, eran el mandato "divino" expresado por boca de sus "omnipotentes sacerdotes", mejor calificados con el mote de "hechiceros".

Esos "hechiceros" que tantas páginas de la Historia han llenado.

Los idólatras griegos y romanos y egipcios con sus liturgias orgiásticas que eran blasfemias contra la Suprema Majestad del Arquitecto Divino, tenían, empero, la indulgencia de ese Sér Omnipotente — Obrero de los seis días al decir de las Sagradas Escrituras. — porque sus adoraciones paganas no estaban siempre salpicadas por la púrpura del torrente que lleva la existencia de la conservación de la vida, y cuya génesis sólo está en la sapiencia de DIOS...

"DIOS ES EL PERDON", no fué escrito porque algo había de escribir por escribir. No. Fué, antes, mil veces gestado en la reconditez de mi espíritu, y, mientras lo veía dando sus primeros pasos por las cuartillas, lo cuidaba con celo, con temor, librándole siempre de los obstáculos que pudieran hacerle irse de bruces y sufrir alguna lesión abierta que le dejara, luego, una cicatriz imborrable, como exponencia indudable de que lo iba enseñando a dar sus pasos primeros, valiéndonos de artificios y de esfuerzos por perfeccionarlo en su intento de correr, simple, por los caminos del mundo de la crítica, a plena luz.

Es lamentable, en verdad, que no sea yo un privilegiado en cuanto al talento se refiere, pues, de haberlo sido, indudablemente ésta, mi **protónica** obra, hubiera podido figurar en el anaquel en donde se ordenan las gigantescas que encierran la cultura del género humano. Pero, en fin, doy lo que puedo, y en base de la espontaneidad.

Sí me satisface, hasta la embriaguez, el saber que esta aportación literaria que hago a la conciencia pública, no es el producto especulado de la idea, sino, en plano de justicia, la expresión purísima de mi yo esencial, de mi alma, de cómo soy, libre del tan poco apreciado aspecto material que sólo con los ojos puede captarse, para hacerlo blanco de todos los prejuicios a los que con facilidad tanta se dedican quienes no dan paso a las manifestaciones purísimas de la conciencia, mientras se conforman tan solo con "ser una cosa", y permitiéndose ser hijos de la mediocridad,

de la impotencia, cuando tanto hay de qué ocuparse y aprender en el concierto de la naturaleza, que todo lo da y nunca nada exige...

Quien no me conozca en cuanto a mis sentimientos se refiere, no podrá, jamás, verme sino como a un cuerpo adulto, con un traje de tal o cual color, de buena o mala confección, de viejo o nuevo uso; con ningún, o uno, o más medios posibles para satisfacerle su interés de exhibicionismo en el café o en el cinematógrafo, o en cualquier otro sitio de los muchos que se prestan para paliar la patología que le consume, por saberse considerado como un árbitro de la elegancia, o un poderoso mimado por Mercurio, ambas manifestaciones estas, que son el reflejo de su crónica lesión intima: el narcisismo...

Y dentro de este círculo de infundados y de extraños al yo que soy, puramente, caen, aunque excentos de toda responsabilidad culpable, quienes se dejan influir por otros terceros que les presentan mi retrato pincelado con rasgos de su expresa conveniencia, cuando con ello pretenden obtener, o un beneficio material, o un beneficio moral que les permite asegurarse en una cualquiera posición de la cual temen caer, cuando se vean desenmascarados en su falsedad y en su infidencia...

Y esto es más digno de lamentar, por que, quienes han podido aceptar y convencerse de que soy como se me presenta, olvidan, para su perjuicio, que en ocasiones me les he entregado de pleno, sin reservas ni prejuicios y que, a pesar de que no ignoro que me tienen en un distinto concepto y me dan la espalda, si no con desprecio, sí con indiferencia, yo, invariable, me conservo único: como me les di... y como me les continúo dando...

/°/°/

Introducir un libro, es casi como la emoción que se siente cuando se espera un hijo; y más, si este libro es el primero que ve la luz pública.

Querer hacer llegar a los demás esta emoción, no es difícil. Pero sí tal vez lo es, el que ellos lo sientan al igual que lo vivimos..., que lo sentimos...; y cómo nació.

Allá por el año de 1953, residiendo entre las sierras imponentes de Jamao, robándole con los sentidos físicos y con el alma, el verdor y los esplendores a la naturaleza; viviendo entre los picachos envueltos de nubes y aureolados de nieblas...; en éxtasis durante las noches en las que Selene, rielando entre estrellas nos derramaba su luz diáfana...; donde Febo se hunde entre barrancos profundos...; dedicados a interpretar el lenguaje magnífico de las aves de alas raudas, como la vida..., alas que cruzan el infinito azul para ocultarse a dialogar con las ramas murmurantes de los árboles gigantescos...

Allí, en las montañas grises por las que serpentean mil caminos, como mil índices de humildad y laboriosidad cotidiana simbolizadas por el machete, que es, a su vez, emblema de la fecundidad con la cual nos regala la madre común..; allí, entre esas escarpaduras enhiestas levantadas por la mano del Supremo Arquitecto, quedó impresa nuestra huella, cuando con planta insegura que a cada día pretendíamos hacer experta, escalábamos o descendíamos por sus laderas ásperas, en uno como afan incontenible e ináudito de saturarnos, en lo alto de la cima, con el aliento de DIOS!..

Allí tuvo su origen este pequeño libro, y el que no obstante su pequeñez, trae consigo, con su nacimiento, el motivo sublime y excelso, que es la bondad de su engendro.

Y, al nacer de entre la sierra, libérrimo y puro, es como una apología que existe en el alma de cada hombre —o debe existir,— hacia la infinita grandeza del Sumo Creador!..

/*/*/

¡Anda, hijo de la sierra!

Ve en busca del infortunio que está perdido entre el laberíntico camino de la "sapiencia" de los hombres...

EL AUTOR.

A MANERA DE PROLOGO

MERECIDO HOMENAJE POSTUMO

Hace apenas doce días llegué a mi hogar, procedente del campo, en donde había permanecido, ininterrumpidamente, durante dos meses. Ya en el seno de los míos, oasis del abrasador desierto de la vida en su profundo sentido genésico filosófico por el enigma de su origen y de su meta final primaria —hasta la muerte somática; — ya en ese cielo sereno, en esa diafanidad que al alma dilata, en ese remanso al que nos acogemos huyendo al tráfago de la diaria lucha para existir — digamos, — bajo ese palio de luz y de renacimientos en el cual aspiramos, con honda fruición, la sutil evanescencia de la felicidad; ya en ese ambiente, la esposa-compañera — justa especificación que nos permitimos anotar, para variar el denominador común, — pendiente siempre y conocedora de nuestras luchas, y nuestros sueños, y nuestros desvelos, con actitud de angustioso e ineludible deber, nos extendió, en silencio, un recorte de diario, el cual, desde que lo iniciamos en su lectura nos sobrecogió el espíritu de dolor.

Pero no del dolor que generalmente demuestran la mayoría de las personas, porque tienen necesidad de significar su alto grado y afan de actores de relleno. No. No era ese el dolor que experimentamos en aquel señalado primer instante, y el cual llevamos profundamente arraigado hasta hoy, sintiendo que nos acompañará a la meta misma del estadio nuestro en la vida mísera de la tierra — sólo inmortal por la gracia de Dios, — porque es un sentir hondo que se fué introduciendo en nuestro espíritu, en razón a las palpitaciones que experimentó nuestra moral, al través de

los pasados días en los cuales hallamos comprensión, apoyo, correspondencia, aliento, palabra redentora, consejo, enseñanza, y todo cuanto el hombre generoso, capacitado, siempre sufrido y terriblemente desengañado, concede a quien se inicia en los laberínticos senderos de la definición en el difícil y siempre criticable arte de estereotipar sus emociones, transcribiendo, desde las páginas del alma a las páginas del libro y de la prensa, en la plétora de sus más sublimes convicciones, el cúmulo de las alegrías, de las penas, de los íntimos conceptos, de los principios o de la experiencia, a veces adquiridos a costa del más acervo dolor que va arrancando, con impiedad inaudita, las fibras ultrasensibles de nuestra misma esencia... Entiéndase que no incluimos en el número de los azotados artífices de las letras a aquellos sofisticados sin ningún valor que resultan ser los plagiarios y los "timadores". Los primeros, por lo que el vocablo calificador los señala en la desnudez que siempre les acompaña, aunque pretendan presentarse de abrigos ceñidos; los segundos, los "timadores", son los que, mitad plagiarios y mitad originales, pero con una semi-originalidad que no es más que una amalgama de argumentos tomados a préstamo, de estilo-copia, de carencia de concepto, de falta de hilván en el sentido que creen exponer, de expresiones vacías que vulgarizan a la expresión misma, de mezcla aparatosa que resulta por el afán de ir atrapando ideas agenas, las que pretenden ofrecer al lector como lógica consecuencia del desarrollo temático que los "inspiró"; en fin, los segundos, son aquellos que se arriman al corrillo de los doctos, con la pedantería que les caracteriza, interviniendo en las polémicas con la incapacidad propia para ello, afectados, casi siempre, por la patología de un narcisismo crónico, dando a entender, generalmente, que son ahijados de la Sabiduría, mientras truenan con una voz hueca que anhelan tenga vibraciones solónicas... Son esos, los segundos, los "timadores", los que zarpean con la mentira de lo que presentan, intitulado con notable arte y que dista hasta lo infinito de lo que trata la obra

que lanzan a rodar por las extensas laderas de la publicidad, para menoscabar el gran valor de los verdaderos exponentes de las letras!..

Y es nuestro dolor, un sentimiento que habrá de perdurar hasta la culminación de lo que será el fin de la identidad que tenemos en este plano material de la vida.

Es el dolor que nos agobia por la muerte inesperada del amigo, del maestro, del consejero, del protector.

Es el dolor inmenso que nos produce la muerte de RAFAEL DAMIRON; de FELLO, como le llamaban muchos; de DON FELLO, como le llamábamos siempre nosotros, en señal de respeto y en merecimiento a su condición de escritor fecundo, de periodista original, de poeta.

El 6 de enero de 1956, a las 10.25 de la noche, sentado en una butaca en su hogar, dió a conocer a la esposa-compañera que le brindó los más felices años de su existencia, que Atropos comenzaba a ejecutar su labor. A las 10:30, cinco minutos después, inclinaba, dulcemente, en silencio, la cabeza coronada de canas en señal de adiós definitivo a la vida somática, para ir a morar, eternamente, en el enigma de la vida del alma que comparece ante el trono de Dios Omnipotente...

Así, mansamente, el día de la Epifanía de los Santos Reyes Magos, se hizo distancia infinita el artífice de las letras, el político, el diplomático, el bohemio de ayer, el batallador, el estilista, el poeta, el legislador, el amante de la Cultura, el padre, el esposo, el amigo, el hombre que siempre creyó la vida como le resultó: un contendiente incansable en la inmensa arena de los siglos eternos..., el desengañado por su interminable afan de socorrer a quienes le rodeaban...

No podía haber muerto RAFAEL DAMIRON, en un día cualquiera. Su vida y su obra tenían que recompensarle. Y por eso, Dios, justo, lo hizo acompañar por los visionarios

de la Estrella de Oriente... En el ORIENTE debía continuar quien siempre en el ORIENTE estuvo!..

Sus Obras, por casi todos conocidas en nuestro país y por muchos en el exterior, son el mejor y mayor exponente del galardón que conquistó en la palestra cuajada de hondonadas de perdición que es, en verdad, la crítica autorizada y la crítica pública de la masa.

Con solo "¡AY DE LOS VENCIDOS!", tenía para lograr el sitial inmarcesible de la Fama, porque fué el grito de la nacionalidad lo que se tradujo, desde el fondo de su alma hasta el fondo de la conciencia dominicana! ¡Era la gloria inmensa de la rebeldía del hijo por el duelo que sentía ante la madre atropellada: la PATRIA!

"Del Cesarismo"

"Monólogo de la Locura"

"Estampas"

"Pimentones"

"De Nuestro Sur Remoto"

"La Caída del Cacique"

"Al Margen de una Biografía del Benefactor"

"La Sonrisa de Concho"

"Revolución"

"De Soslayo"

"Huerto Remoto

"Helló Jimmy?"

"La Cacica"

'Memorias y Comentarios"

"Cronicones de Antaño"

"Nosotros" (obra póstuma que acaba de salir a la luz pública)

De Teatro:

"Alma Criolla"

"La Trova del Recuerdo"

"Mientras los Otros Rien"

"Como Cae la Balanza"

"Tres Minutos de Otro Tiempo"

En Colaboración con ARTURO LOGROÑO:

"Una Fiesta en el Castine"

"Los Yanquis en Santo Domingo"

Inéditos:

"Pasó una Garza Morena"

" " (recopilación de versos, sin título)

"Memorias Intimas"

Tal es la Obra fecunda y de valía del RAFAEL DAMIRON que silenció su estro y su prosa cuando la algazara infantil llenaba los ámbitos de la República.

/*/*/

Nunca hubiera pensado que el PROLOGO de "DIOS ES EL PERDON" serviría para homenajear póstumamente, al escritor-poeta-periodista.

Este Prólogo que iba a tener la firma — del para mí tan notable autor — de RAFAEL DAMIRON, pues sus palabras a la esposa-compañera así se lo significaron: **"No quiero dejar de escribir este Prólogo para Díaz Márquez"**...; este galardón que yo iba a recibir del fecundo autor, fué iniciado por él, a pesar de que su dolencia lo agobiaba con

impiedad de suplicio. La pluma, en su mano ágil de siempre, era ya como la Cruz lo fué para el Redentor...; y se iba de bruces en la lentitud de los rasgos que trazaba...

Y, en el principio, quedó su Proemio para "DIOS ES EL PERDON".

He sabido que se lamentaba de no tener la facilidad caligráfica de antes y, en la esperanza de que "mañana" lo escribiría, quedó "DIOS ES EL PERDON" sin la pincelada maestra al cuadro que significa.

Sabía yo que gozaba de estimación por parte de DON FELLO, pero, hoy, es cuando conozco a fondo el ascendiente de esa estimación que me guardaba.

Y es por ello por lo cual prologo mi propia obra — mi "protónica" obra, — porque así tengo, en medio a mi dolor, la felicidad de hacer constancia de cuánto mereció en vida y merecerá siempre en muerte, la amistad paternal que me concedió el autor de las Obras que en anteriores párrafos hemos enunciado.

A nosotros, ahora, a sus amigos, a sus compañeros de corrillo, a sus beneficiados, nos corresponde el deber de rendir un HOMENAJE público a la memoria del poeta.

Es a quienes le sobrevivimos a los que, por medio a este Prólogo me dirijo, para invitarlos a hacer acto de lealtad al compañero desaparecido.

Es al sentimiento puro de los hombres de letras al que toca demostrar su existencia indudable, al llevar, hasta la tumba de RAFAEL DAMIRON, el laurel de la victoria por él conquistado en la palestra de la publicidad.

Y, a su hoy Viuda, quien fué la cooperadora del colega nuestro para siempre desaparecido, y a sus hijos, otorguemos — aunque sea — un Pergamino, suscrito por los representativos de la clase intelectual, como exponente de que, conocedores de la humana naturaleza, les hacemos

depositarios de las flores negras que simbolizan el luto que en nuestras almas tendremos siempre por el amigo que realizó una labor magnífica y fecunda, para mantener la tradición del profundo concepto que anima en la clase de los hombres que portan el símbolo de la intelectualidad dominicana.

Así sabrán esa esposa, hoy, y esos hijos, mañana, que el deudo de sus más caros amores, fué punto de dirección en la rosa de los vientos que forman el poeta, el escritor, el periodista, el artista de esta República, cuyo blasón centenario rebrilla en la aurora de cada día, en medio de corolas magníficas, de conciertos emocionantes, de pinceladas simbólicas, del estro acariciante o arrojado que canta el Nacimiento y la Redención de la Patria, madre de geniales hijos que moran en la excelsa altura de la inmortalidad!..

/°/°/

RAFAEL DAMIRON...

"Lloremos su muerte más bien como una ausencia, que como una pérdida; busquémosle donde está: al lado de Dios".

Ex Corde.

Enrique Díaz Márquez.

Ciudad Trujillo, D. N.,
Marzo 5 de 1956.

NI YO TE CONDENO:
VETE Y NO PEQUES MAS

Jesús de Nazaret
(San Juan 8:11)

DIOS ES EL PERDON

I

—Vaya con Dió!..

—¡Amén!, y que con ustedes quede...

—¡Adió, dotoi!

—¡Adiós, amigos!

Tras el intercambio de estas frases de despedida, típicas del campesino nuestro todo bondades, humildad y trabajo rudo en la lucha cotidiana para labrar la tierra — madre común, — el doctor Alvarado hincó las estrellas de sus espuelas de plata en los ijares de su nervioso corcel de rusilla pelambre.

Sobre un almohadón colocado en la perilla de la silla, sosteniéndolo con el brazo derecho, llevaba a su pequeño primogénito, de unos cinco años de edad.

Regresaban al poblado rural situado a ambos lados de la carretera, única vía de comunicación con la más próxima ciudad, distante unos veinte kilómetros.

El doctor Alvarado contempló extasiado el inmenso panorama que iba a perderse tras la línea brumosa del horizonte marino, que aparecia recortado por el norte.

El niño, precoz en su inocencia, volvióse un tanto hacia su progenitor y formulóle la más filosófica pregunta que nadie, nunca, ha podido contestar con exactitud:

—Papá ¿qué es DIOS?

El médico arrugó el ceño, embarazado por la interrogante del párbulo. Contempló su rubia cabeza y, como si fuese a lo ignoto a quien se dirigía, respondióle:

—Hijo mío, DIOS es lo único, innegablemente, a quien ningún hombre podrá jamás definir en su Verdad infinita... en su Valor purísimo. DIOS es la esencia de todo cuanto existe; es el Creador del Universo; es la Sabiduría eterna; la condensación maravillosa de las Virtudes; es el Padre del cosmos, la voluntad suprema que rige el destino de los mundos...; DIOS ES EL PERDON!.. DIOS es el sentido de las palabras enigmáticas del Divino Rabí de Galilea: su Hijo hecho Hombre, cuando dijo: "YO SOY EL CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA"... Tras EL no hay existencia alguna! **¡DIOS es álgo a lo que uno se aferra con Fé!** Y tal es, hijo mío, porque DIOS es infinito..., sutilmente esencial..., grandiosamente único!.. DIOS es el espíritu de cuanto significa existencia en el concierto de la Creación, porque en todo está Su Presencia!..

Hizo una pausa.

Intimamente reconoció que con todo cuanto habia dicho, él mismo era impotente para definir — ni ante su propio hijo, — la grandeza magnífica del PADRE ETERNO. Por eso, mirando la cabeza del pequeño, definió:

—Sólo puedo decirte, hijo mío, que ¡DIOS ES DIOS! El doctor Alvarado, sentimental por naturaleza, como si fuera la perpetuación del hombre de siglos pretéritos, que anteponía el alma en todos los actos que realizaba, porque era el estandarte de su propia conciencia, ahora contaminada por los miasmas del materialismo de la época, parecía haberse desdoblado en una distinta personalidad que lo transfiguraba hasta convertirlo en un tocado por la evanescencia fluídica de lo Alto, porque realizaba una purísima comunión de su alma con la divinidad suprema del Creador.

No era el hombre al niño, ni el padre al hijo quien había hablado. El médico, en esa sublime peroración filosófica, era una voz, tan solo.

Era la voz del espíritu surgiendo, materializada, para hacerse patética... Era la voz del espíritu surgiendo de lo somático para elevarse, como una prez que habla del Omnipotente, ante su omnipresencia metafísica que todo lo rodea...

Era un alma convertida en sacerdote oficiando ante el templo inmenso de la naturaleza...

Así, en ese éxtasis de esencia, ascendieron las palabras del galeno hasta transponer horizontes y caer como una bendición en la conciencia honda del párbulo, quien aún no podía, en el verdadero sentido que encerraban, aquilatar el valor indescriptible de los conceptos emitidos por su padre, en aquél desdoblamiento único que su inocencia de precoz desarrollo había motivado, y que fué como pedernal que incendió el excelso sentimiento que guardaba, como invaluable gema en lo purísimo de su psique, el sacerdote de esa conciencia de bien que paterniza el nombre de Hipócrates.

Sólo la bestia, nerviosa, llevando sobre el lomo a los jinetes singulares de este relato, era, en apariencia, el único oyente que no podía comprender el sentido extranatural de las palabras de su amo,. Empero, al romper el silencio subsiguiente con sus cascos herrados, evocadores de mil leyendas e interminables gestas que originaron la más tremenda epopeya del continente que otrora fuera Atlanta, parecía producirse una liturgia fantástica, jamás vista, en la que el instinto animal — como penetrado de la luz divina, — contestaba a los salmos sacerdotales con el armónico compás de las flautas pétreas tendidas a lo largo del sinuoso camino abierto entre abismos umbríos que eran como un seno trágico...

Trilogía magnífica: hombre, niño y bestia siguiendo la senda sinuosa y abrupta, habíanse convertido en una como

exégesis de la fuerza creadora de los elementos que, sin embargo, no podían ni imaginar en sentido figurado, al propio SER que los animó en su condición de especies del mismo reino natural al que pertenecían, y dentro del cual tanto se diferenciaban por la razón de género, lo cual hace al **homo sapiens** llevar la primacía de una supuesta superioridad, conceptuada como tal por sí mismo, para permitirse el poder esclavizar a su antojo y mejor conveniencia, a los demás que carecen de ese principio, de ese privilegio al que ha llamado: **mente.**

Un silencio tan solo roto por los "cascos musicales" del noble bruto, acompañó la marcha lenta de los jinetes.

El hombre y el niño hundiéronse en el laberinto de sus propios pensamientos. . ., o quizás de una dualidad de ALMA ADENTRO!. .

La impotencia del uno, dada a luz por la sola curiosidad del otro, frente a la grandeza enigmática de esa formidable palabra que califica al Arquitecto Divino, agobiaba intensamente al joven hombre de ciencia, quien sentía la micro-atómica condición que era, realmente, ante la totalidad conformadora del universo infinito. . .

Sólo, como panacea recordó que el Rabí dijo que, hombre, era la semejanza del PADRE. Sí, pero, después del Nazareno todos seguían siendo una semejanza desfigurada, monstruosa; con la deformación demoníaca heredada de los habitantes del Edén, ya pecadores, aumentada por los crímenes de Caín quien, perdido eternamente hasta la execración por sus propios complejos que lo llevaron hasta la blasfemia y al propio sacrilegio, cuando, revuelto en los miasmas de su perjurio, creó la muerte, en uno como anhelante afan de parangonarse al CREADOR de la VIDA!. .

¡Carámbano desprendido de una incierta cumbre de luz, se hundió más aún en el Cosito de su impura condición de **falso creador,** para ser estigma, por el Tiempo, de su propia especie y descendencia, condenándola por los siglos y confirmando la condena impuéstale a su ancestro pecador!

II

Trilogía magnífica: hombre, niño y bestia siguiendo la senda sinuosa... y trágica!..

Abismos profundos semejantes a fosas inexorables que atraían como un vértigo de perdición eterna...

Vegetación exhuberante y sombría, que ocultaba la fatalidad para quien se despeñara en lo intrincado de sus breñas...

¡Senda sinuosa... y trágica!

Tragedia que acechaba agazapada tras esas sinuosidades, silenciosa, como una bestia horrible ávida de destrucción y sedienta de sangre incontaminada, como el alma que alentara en la vida...

Trilogía magnífica que iba a ser desunida en su cercano inmediato atavismo, y en el de amo y servidor por la superioridad y diferencia de género...

Y la tragedia, en su acecho, surgió de tras de su oculta sinuosidad.

¡Un golpe!

Solo un golpe certero, inesperado, producido por un arma — mal calificada: ¡blanca!, — fué asestado en el pecho amplio y noble del joven galeno!

Todo ocurrió con la vertiginosa rapidez del relámpago, cuando rasga el seno de los cielos lejanos en medio del furor incontenible de la tormenta!..

Tras de una de esas sinuosidades envueltas en el silencio, apareció la tragedia hecha hombre-bestia, armada la diestra de largo y filoso puñal, creado por otra diestra generadora de mal, para ser sustractor de la vida.

Un hombre ciego de ira, con los ojos llameantes de exterminio, saltó de pronto al camino cortando la marcha de aquella trilogía magnífica, que un momento antes comulgaba con lo Alto y su potestad Suprema...

El médico, herido de muerte en un costado — ¡oh! designio sacrosanto: ¡como el HIJO DE DIOS! — desplomóse de la silla para caer casi entre las patas de la bestia sorprendida, arrastrando, en su caída estrepitosa, al fruto primogénito de su vida, concebido en un lecho tibio en aras del amor...

Sus ojos, como si quisieran recoger hasta el menor detalle de la escena de la cual él mismo era el personaje principal, en ese drama trágico, se abrieron enormemente. Sintiendo que **algo** muy hondo se le iba como evaporando, y ya impotente para realizar algún gran movimiento, miró la loca carrera de la bestia espantada que se desbocaba en la lejanía...; y a su aturdido hijito, a quien le era casi imposible comprender el gran significado del momento; de ese momento incomparable, cuya terrible consecuencia iba a ser, en su memoria, como un fanal ardiente entre las brumas inmensas que envolverían ese piélago espantoso que hasta en el futuro de su vida, iba a constituirse en la razón del más acervo dolor!.. Le sonrió con esa indescriptible dulzura paternal que se esfuma con átomos de tiempo y, esforzándose por atraerlo hacia sí, pareció querer despedir con su sangre vertida a su propia sangre perpetuada!..

¡Vano intento!

Alzando la vista vió a su victimario, en cuyo rostro leyó un arrepentimiento prematuro que parecía pesarle como una condenación eterna y, en un supremo esfuerzo

postrero, al recordar las frases del Redentor Crucificado, le dijo, con la voz de la muerte:

—¡DIOS TE PERDONE!..

Sus pupilas, ya entrando en el "Más Allá", se fijaron en las nubes altas que corrían por la bóveda inmensa del cielo azul. Como un cirio al extinguirse se fueron velando, hasta que el soplo glacial de la muerte las dejaron en la sombra de la **vida transitoria,** para darles la inexpresión de la **vida eterna**...

"DIOS TE PERDONE"... se hizo eco en la conciencia del hijo huérfano!..

Y un dolor intenso anidó en su alma tierna, desde la cual brotó un sollozo que palpitó hasta en los abismos profundos de la sierra trágica!..

III

El asesinato del doctor Alvarado se divulgó con rapidez tal que, antes de llegar el cadáver a la casa familiar, su viuda, ya enterada, hallábase en compañía de esas gentes humildes a quienes él tantas veces había llevado la felicidad de la salud.

El inmediato conocimiento del hecho lo delató el paso de la solitaria cabalgadura que por todos era conocida como de la propiedad del doctor Alvarado.

Extrañados algunos moradores, vecinos a la escena del crimen, por la huída desbocada del corcel, y sospechando, tan solo, que ello se debía, posiblemente, a que había derribado a sus jinetes, encaminóse una mujer hacia donde momentos antes había visto dirigirse al joven médico, encontrando, a unos doscientos metros, el cuadro espantoso del cuerpo ensangrentado y sin vida del galeno amigo, junto al cual, arrodillado, mudo e inclinado en un abrazo definitivo de último adiós, a su pequeño hijo, por cuyas mejillas resbalaban lágrimas calladas que advertían, elocuentemente, la existencia de un dolor intenso nacido de lo más profundo de su alma tierna...

Conducido el cadáver a su residencia y pasadas las exequias, el misterio fué como una segunda mortaja que envolvió la muerte alevosa del doctor Alvarado.

Todas las gestiones realizadas por la policía, la Justicia y los vecinos del lugar, resultaron infructuosas.

Meses después, ya defraudados todos en sus pesquisas, el caso fué perdiendo fuerza de interés hasta que, al tiempo, cuando alguien lo traía a tema de conversación, lo hacía, llamándole: EL CRIMEN DE LA SIERRA!..

IV

"NINGUN TRABAJO HUMANO SE PIERDE, NINGUNA SANGRE DERRAMADA ES ESTERIL, NINGUN PENSAMIENTO DE VIRTUD QUEDA BURLADO. LAS OBSTINADAS TENDENCIAS DEL GENERO HUMANO SON PARA LA SOCIEDAD LO QUE ES LA BRUJULA PARA EL NAVIO, NO VE EL PUERTO A DONDE VA, PERO CONDUCE A EL".

Alfonso de Lamartine.

V

El enhiesto edificio pintado de blanco alzábase imponente.

Los mil ruidos de la vida callejera llegaban hasta su solar, como un murmullo de apenas distinción exacta, pues, al principio y al final de la cuadra que ocupaba, habían sendos rótulos fijados en lo alto de pequeños postes de acero enclavados en bases de cemento. En cada uno se leía: SILENCIO, HOSPITAL, impreso en grandes caracteres blancos que se destacaban de un fondo negro esmaltado.

Era éste uno de los varios centros de beneficencia de la ciudad.

En su frente, y dentro del amplísimo solar que ocupaba su estructura sólida de arquitectura moderna, habían varios y bien cuidados jardines que ofrecían a la vista, la sinfonía policroma de flores de múltiples variedades.

Una ambulancia avanzaba cruzando por entre las hileras de los macizos de flores, yendo a detenerse frente a la puerta de Emergencia. Los enfermeros se apresuraron a sacar una camilla sobre la cual descansaba el cuerpo yacente de un hombre sexagenario, el cual, a simple vista, demostraba encontrarse en estado casi agónico.

Conducido por los dos camilleros hacia uno de los consultorios, la enfermera hizo llamar al médico de servicio a quien correspondía asistir el caso.

Al través de los altoparlantes dispuestos en todos los pasillos y salas del hospital, dejóse oir la voz de una enfermera, quien desempeñaba las veces de locutora.

—¡Doctor Alvarado, urgentemente a Emergencia! ¡Doctor Alvarado, urgentemente a Emergencia! ¡Doctor Alvarado, urgentemente a Emergencia!

En la biblioteca, un hombre de aproximadamente treinta años, vistiendo chaqueta de médico, levantó la vista del libro que leía descansando sobre sus rodillas. Sacó una pequeña libreta del bolsillo superior de la corta bata que vestía, y anotó en una de sus hojas el número de la página en la que interrumpía la lectura, al ser requerido al través del altoparlante.

Levantóse y, dirigiéndose hacia el escritorio que ocupaba la enfermera encargada de la biblioteca, entregó el tomo que hasta un momento antes leía. Con una breve inclinación de cabeza a manera de despedida, salió al pasillo.

Su paso firme, marcado por los blancos zapatos que calzaba; su aspecto general reposado y la altivez de su cabeza de rostro dulce, denotaban a las claras que era dueño absoluto de sus actos, sustentados por una plena confianza en sí mismo.

Tomó el ascensor automático y descendió a la primera planta del edificio. Al salir, se dirigió hacia uno de los apartamentos sobre cuya puerta se leía: "EMERGENCIA" E — 5.

La franqueó.

La enfermera asistente al verle entrar, le salió al encuentro.

—Acaban de traer a un hombre de bastante edad — le dijo, — el cual parece estar al borde de la muerte.

Sobre la mesa de exámenes descansaba, convulsionando, el anciano a quien había conducido la ambulancia.

El doctor Alvarado se acercó al paciente. Fijó sus ojos sobre la faz del enfermo y una impresión terriblemente extraña le hizo arrugar el ceño, sin poder explicarse tan raro fenómeno.

Haciendo una leve inclinación del cuerpo sobre el del paciente, alargó una mano para recibir el estetoscopio que su enfermera asistente le ofrecía. Al aplicarlo sobre el pecho del enfermo en la región precordial, lo levantó con suma rapidez y volvió a aplicarlo en un costado. Bruscamente volvióse y, dirigiéndose a su asistente:

—¡Ouabaine! — le dijo.

Tomando la jeringuilla hipodérmica que préstamente se le servía, aplicó la inyección en una vena del brazo del enfermo, quien poco a poco comenzó a recobrarse.

Aparte, habló el médico a la enfermera.

—Es un edema pulmonar agudo y, por su gravedad extrema, me temo que todo cuanto se haga resultará inútil.

En ese momento el paciente, con voz estertorosa, exclamó:

—¡Tráiganme un sacerdote, quiero confesar! ¡Me muero! ¡Me muero! ¡Dios mío, perdóname, estoy arrepentido! ¡Me muero! ¡Doctor, por favor, un sacerdote para confesarme y que me absuelva de mis pecados! ¡Por favor! ¡por favor!

Parecía que la vida le había vuelto con vigor extraordinario, para clamar así.

El doctor Alvarado se acercó a su lado y, con voz dulce, serena, le habló:

—Calma, señor; usted no debe hablar, pues ello lo agravará.

—No, doctor, debo hablar. Llame a un sacerdote, ¡se lo ruego!

—Cualquier pecado del que tenga que pedir a Dios su misericordia y perdón infinitos, le será por EL perdonado

si se arrepiente de todo corazón. No es necesario que un sacerdote recoja su confesión **in extremis**, para ser absuelto de culpa.

—No, doctor. Mi pecado es...

Cayó en síncope.

El doctor Alvarado, rápidamente, y uno tras otro, fué inyectándole tónicos cardíacos, ayudado por la enfermera. Le produjo una abundante sangría.

—¡Coramina! — casi gritó, al pedir.

La administró por vía intravenosa.

Transcurrió un lapso corto tras el cual el enfermo abrió los ojos nuevamente. Como si estuviese aferrado a una sóla idea, repitió:

—¡Mi pecado es abominable, doctor!

—No hable; repose — le contestó el médico.

—Doctor, ¡por favor!, se lo suplico — díjole, haciendo caso omiso a la recomendación, — quiero confesar mi pecado.

El joven médico, convencido de que la muerte era inminente dentro de poco tiempo, iba a solicitar a su asistente que enviara por un sacerdote, cuando el anciano, tomándole de un brazo y haciendo acopio de vida, le detuvo.

—Doctor, voy a morir; no puedo esperar la llegada del confesor y no quiero llevarme a la tumba el horrible secreto que ha consumido mi vida...

Se detuvo para aspirar aire.

—¡Sea usted mismo mi propio confesor, se lo ruego!

El médico, sorprendido, y sintiendo que era un sagrado deber de humanidad oficiar en el papel de ministro del Señor en la tierra, le contestó:

—Seré su confesor y, como tal, a Dios Omnipotente pediré por usted, ya arrepentido — subrayó esta última pa-

labra, mirando fijamente al moribundo, — para que le perdone sus culpas.

El anciano cerró los ojos.

Una crisis convulsiva le sacudió todo el cuerpo.

Sobreponiéndose, y entre la crepitancia de la respiración, habló.

—**Hace más de veinte años dí muerte a un hombre**...

El doctor Alvarado se estremeció, y una isquemia cubrió su rostro.

—...**en la sierra**...

Los dedos del joven galeno apretaron con fuerza inusitada el borde de la mesa de exámenes, sobre la cual estaba extendido el cuerpo anhelante y pre-agónico del anciano.

Como al través de una niebla se le ofreció, a los ojos del recuerdo, un drama horroroso: el de un hombre desplomado de su cabalgadura, con el pecho ensangrentado, teniendo entre sus brazos el cuerpo de un niño; la espantosa figura de su agresor asesino, de pie y con un puñal en la diestra; la carrera loca de la bestia, y el panorama extenso de la sierra empinada junto a abismos profundos y sombríos...

Volviendo a la realidad, fijó, transfigurado, sus ojos de dura expresión sobre la faz del paciente a su cuidado.

¡Un grito casi salvaje se ahogó en su garganta!

Con la fuerza del pensamiento, había ido borrando las arrugas que surcaban la cara del moribundo y, ya tersa, contempló a un criminal.

Pero !no a un criminal cualquiera y desconocido!

Nó! Ante sí tenía, postrado de muerte por la mano justiciera del destino, al hombre que había asesinado, una mañana, veinticuatro años atrás, a su padre!

Con voz imperiosa, mientras apretaba el brazo derecho del enfermo, exigióle:

—¡Continúe, continúe! ¡Rápido! ¡Dígame el nombre de su víctima!

El paciente prosiguió, sugestionado por la voz del galeno, y su confesor, a la vez.

—. . .**¡el doctor Alvarado!**

VI

Un relámpago de ira cruzó por los ojos del joven médico, al obtener la confesión y conocer la identidad del hombre que le había arrebatado, una mañana de verano, veinticuatro años atrás, al sér que lo engendró y de quien recibió, a manera de legado, el nombre y el carácter como si fuese, realmente, una copia fiel de las dotes personales de su progenitor.

En lo más íntimo sintió como si una cuerda tensa se hubiese roto de repente, dejando las vibraciones que le herían más aún que el golpe horrible recibido en el alma, inesperadamente, por el mismo que le había dejado, al comienzo de la vida, sumido en la pena trágica de la horfandad paterna!..

El doctor Alvarado hijo, a impulsos de una extraña influencia — ¡su atavismo! — que le venía de lo ignoto, a su consideración, con rapidez incontenible clamó:

—¡Señorita Martínez! ¡Señorita Martínez!

Su ayudante acudió presta.

Serenándose en lo más posible, y haciendo acopio de la más sorprendente calma, fruto de sus bien aplicados frenos inhibitorios, la dijo:

—Urgentemente haga trasladar a este paciente a una habitación privada. Llame a la enfermera superiora y, de mi parte, pídale un tanque de oxígeno, tónicos cardíacos y

una bandeja con el instrumental necesario para practicar sangrías y fleboclisis. ¡Pero, urgentemente! ¡Este paciente queda bajo mi absoluto cuidado personal!

Saliendo precipitadamente al pasillo, encaminó sus pasos hacia la Administración.

—Deseo — díjole a la secretaria — internar en una habitación privada, y a mi nombre, al paciente cuyas generales se servirá suministrarle la señorita Martínez, mi enfermera asistente hoy de turno.

Firmó a tarjeta de admisión y con paso apresurado, se dirigió hacia el ala del edificio en donde estaban dispuestas las habitaciones para los pacientes privados.

Al llegar a la ocupada por el homicida moribundo, se detuvo un instante ante la puerta que daba acceso al interior. Pasóse la diestra por los ojos, como si tratara de ahuyentar una idea terrible, e irguiéndose en toda su estatura, la franqueó.

Ya su enfermera asistente, la señorita Martínez, había obtenido todo cuanto el doctor Alvarado le ordenara conseguir.

En el cerebro del médico se había entablado una lucha tremenda: la VENGANZA, formidable en su espectro, contra el SENTIMIENTO humanitario propio de los seguidores de Hipócrates, unido, además, al suyo propio.

Recordó, como si viviera un sueño monstruoso, la escena trágica en la cual veíase, niño, junto al cuerpo moribundo y sangrante de su padre, cuando, allá en la sierra, cayera víctima del artero golpe que le había asestado el hombre a quien tenía ahora ante sí, convulsionado por la mano omnímoda de la muerte!

Ese mismo hombre contra el cual podía hasta ensañarse, si quería, para cobrarle la deuda invaluable de la cual él era acreedor de hecho y de derecho!

Esa lucha titánica que se libraba en lo íntimo de su psique, le gritaba: ¡VENGANZA! o ¡DEBER!

¡Pero el DEBER se impuso en franca victoria!

VII

La ortopnea, la tos, las espectoraciones espumosas y rosadas, la palidez cianótica de la cara, acentuada por los ronquidos respiratorios perfectamente audibles sin necesidad de auscultación, fueron para el doctor Alvarado su Rubicón, por que por ello dió el paso decisivo de su vida, cuando se abrazó a la muerte, disputándole la posesión del matador de su fuente originaria!..

—Señorita Martínez — dijo reposadamente, — vamos a aplicar cien centímetros cúbicos de Dextrosa al cincuenta por ciento. Antes, deme una jeringuilla con morfina y atropina, en la proporción usual.

Nadie, jamás, viéndole actuar, podía imaginar que, tras esa serenidad de líneas faciales y firme pulso, habia una tormenta de dolor y una noche de vida solitaria...

¡Oh, misterios insondables del alma humana!

¡Oh, Job, mil veces resurrecto en el tráfago interminable de la vida!

Inyectando el contenido de la jeringuilla que su ayudante le había suministrado, habló, nuevamente:

—¡Oxígeno!

VIII

"¡Humanidad!..: polvo del tiempo... ¡Polvo de los mundos que se mueven en el infinito!... ¡Pobre polvo que invisible viento barre!.. ¡Siglos y miles de siglos!.. ¡Polvo del tiempo!..

¡Amor, odio, alegría, furor...: polvo de los sentimientos!"

IX

Viejo barquero con los remos rotos de esperanzas... Juego el timón herido de mi barca en la corriente azul de lo infinito... Piedra y calicanto anuncian a la luz de alguna vieja filosofía: estrella de dolor o mudo cirio derretido...: ¡un hexámetro trágico!.., ¡epitafio viril!.., ¡una promesa!..; eslabón deshecho en agua fuerte bajo el crisol del sexo creador de sombras y eternos recuerdos!..

¡Fantasmas de Job renacen al camino y flores negras presienten los blancores calcios de la razón..., turba modorra y purísima de la conciencia!

X

Mientras el doctor Alvarado hijo se empeñaba en salvarle la vida al hombre que le había causado el peor de los daños, por las salas y pasillos del inmenso hospital la noticia de su rara actitud habíase extendido como una epidemia.

Todos, extrañados por igual, comentaban el hecho insólito de que se propusiera, aún a costa de su propio peculio, restituir la salud a un desconocido.

Cada quien, ignorante de la verdad que únicamente conocía el referido galeno, emitía su opinión, según el dictado del criterio que le parecía podía ser el motivo de esa actitud asumida por el doctor Alvarado.

El director de la institución, doctor Liscomb, reconocido como una eminencia en los círculos científicos internacionales, y quien veía, con el paso del tiempo, que el doctor Alvarado se perfilaba como una promesa para un futuro no muy lejano, dentro de su profesión, al conocer la noticia de la extremada disposición asumida, a favor de un desconocido, por su joven colega; sin poder establecer la razón — profundo pensador — que así le movía a proceder, dirigióse hacia la habitación en la cual ya conocía se encontraba hospitalizado el moribundo paciente.

Próximo ya, notó lo apresurados de los movimientos de las enfermeras, las cuales entraban y salían portando bandejas con instrumental, medicamentos diversos y ropa de cama ensangrentada.

Penetrando en la habitación pudo notar, psicológicamente, que el doctor Alvarado hacía acopio de capacidad científica para salvar al enfermo, mientras que, en lo más recóndito de su sér, había un supremo anhelo como clamado a lo Divino, para obtener el éxito en su empresa.

El doctor Alvarado, ageno a todo cuanto no fuese su mundo interior, no percibió la llegada de su jefe superior inmediato.

En ese preciso momento tomaba el estetoscopio con el cual auscultó, lentamente, la región cardio-aórtica.

En su semblante, fugazmente iluminado, podía advertirse que, en lo íntimo de su conciencia, se sentía satisfecho del estado del paciente.

Siguió aplicando el estetoscopio, ahora por el hemitórax derecho y luego en ambos costados.

Con la vista fija en la faz de su protegido permaneció durante unos breves instantes.

Ignorando la presencia del director del hospital volvióse con mesura y, ya a punto de hablar a su ayudante, a la cual creía tener al lado, advirtió la figura reposada del eminente facultativo bajo cuya dependencia ejercía la profesión. Había podido observar que el doctor Liscomb le trataba siempre con especial deferencia y por ello se empeñaba en superarse cada día más en el desempeño de sus funciones facultativas, consagrándose con toda unción a ampliar sus conocimientos, en esa, su ciencia, que es la más humana a la que el hombre se dedica.

Ya, frente a su superior, maquinalmente se apartó de junto al lecho y, sin saber lo que realmente hacía, ofrecióle el estetoscopio que aún conservaba en la mano. Comprendiendo el veterano hombre de ciencia que con su presencia — advertida inesperadamente, — había roto un hilo sutil tejido quién sabe por qué mano en lo más hondo del espíritu de su subalterno, y a fin de no demostrarle que lo había sorprendido en el abandono de su oculta intimidad,

pues ya le parecía leer claramente en los rasgos fisonómicos y en la actitud del doctor Alvarado, que sólo una circunstancia harto poderosa era el móvil de su raro comportamiento, tomó el instrumento clínico y se acercó al lecho del enfermo, con la mayor naturalidad.

Luego de reconocerlo y tras de apartarse algunos pasos, tomó del brazo izquierdo a su colaborador en la diaria faena, y preguntóle:

—¿Qué opina usted, doctor Alvarado, de las condiciones del paciente bajo su asistencia?

—Clínicamente — respondió — he diagnosticado un edema pulmonar agudo, cuya etiología, presumo, es de origen inflamatorio. De primera impresión, cuando le ví, creí se trataba de un caso broncopléjico; pero luego, al aparecer las espectoraciones, descarté tal conjetura. El estado en el cual fué traído era de suma gravedad y nunca pensé pudiera sobrevivir al ataque. Permítame considerar que, cuando yo lo auscultaba hace un momento, usted ya había entrado — expresó esto último como haciendo un paréntesis en su exposición clínica, y lo que, claramente, denotaba que sufría una como especie de descontrol psíquico.

—El corazón parece normal — continuó diciendo —, lo digo así, porque a veces creo percibir un soplo que presumo sea mitral, pero el cual, en verdad, no he podido definir aún ni en su localización ni en su existencia, porque los estertores pulmonares no me lo permiten con claridad. La tensión arterial es de 25 la sistólica y de 19 la diastólica. Los estertores crepitantes habían invadido todas las áreas pulmonares en el momento en que fué traído aquí.

El médico-director escuchaba atento a su joven subordinado y, mientras le oía emitir sus conceptos, sentía cómo se iba apoderando de todo su sér un inefable sentimiento de bienestar, a la par que una purísima admiración.

Más que nunca deseaba saberlo continuar con paso firme por la ruta que a sí mismo se había trazado, como si

fuera el continuador de la obra humanitaria comenzada por su padre, del cual había sido amigo y conocía su trágico final.

El doctor Alvarado ignoraba que su padre y el doctor Liscomb habían sido amigos y compañeros de Facultad, graduándose al mismo tiempo. Por eso el viejo galeno experimentó una profunda satisfacción, cuando supo que en la Facultad de Medicina se había inscripto el hijo mayor de su antiguo amigo y compañero.

Se interesó vivamente, valiéndose de sus colegas catedráticos, por el desarrollo de los estudios del joven Alvarado hijo, pero con toda reserva, porque era como una disección lo que deseaba hacerle en su personalidad, al estudiante. Así lo observó, desde lejos, durante los años universitarios. Varias veces tuvo oportunidad de encontrarlo entre los asistentes a charlas médicas por él ofrecidas y por otros varios notables científicos extranjeros, lo cual le satisfizo y le impresionó hondamente. Veía que en el futuro compañero de profesión había una moral innata para la ciencia de Vessalius, de Pasteur, de Lister. . ., y, recordando al compañero tan alevosamente malogrado, se sintió orgulloso, porque lo figuró reflejado en el hijo.

Cuando lo supo graduado solicitó al Ministerio de Beneficencia y Salud Pública, que nombrase al novel médico en el hospital bajo su dirección.

—Practiqué una sangría de doscientos cincuenta gramos — prosiguió el joven, — posteriormente a varias inyecciones de Ouabaíne y otros tónicos cardíacos. También le administré cien centímetros cúbicos de Dextrosa al cincuenta por ciento, por fleboclisis; luego, quince miligramos de morfina y ocho diez miligramos de atropina, combinadas, por vía hipodérmica. Como el estado del paciente persistía grave, le administré una ampolla de Coramina por vía intravenosa. Por último, y como usted puede apreciar, doctor, oxigenoterapia, con presión positiva. Ordené, así mismo, los análisis de laboratorio pertinentes al caso.

Se detuvo un instante en su relación del tratamiento seguido.

—Ahora — prosiguió, como queriendo no pecar en su opinión, — considero que podemos contar con el éxito, lo cual puede usted juzgar.

XI

El doctor Liscomb, trémulo de satisfacción, extendió la diestra ofreciéndosela al joven doctor Alvarado y, estrechando con efusión la de éste, expresó:

—Efectivamente, doctor — subrayó el título; — mi opinión afina con la suya. Le felicito.

Hizo una pausa para proseguir, a continuación:

—Sin querer urgar en la vieja herida que le fué inferida en su sentimiento cuando niño, y que es indeleble, permítame decirle que si su padre, el extinto doctor Alvarado, quien fué mi compañero de cursos y graduación, lo cual usted ignoraba hasta ahora; si su padre, le repito, pudiera encontrarse materialmente entre nosotros en este instante, sentiríase el hombre más feliz de la tierra y su orgullo sería ilimitado al verlo a usted, su hijo, conducirse tan acertadamente por la espinosa senda de esta ciencia que es toda dolor, ingratitudes, incomprensión, desvelos y desengaños. A su memoria. y sin pensar pretender, ni siquiera, ocupar el lugar de él frente a usted, permítame decirle que mi satisfacción es inmensa y que es usted objeto de mi mayor admiración, porque leo en los años de su vida futura su nombre, ocupando un lugar en las páginas que registran la nómina de los inmortales de nuestra sagrada legión.

Nuevamente el doctor Liscomb hizo una pausa.

—Ahora bien, como siempre es necesario encontrar en los grandes momentos de la vida una voz orientadora, por-

que en tales casos, por extraordinarias circunstancias, generalmente imprevistas, fácil es doblegarse sumisamente, como abatido por la emoción y aunque sin hacer uso de la magnífica y potente fuerza que en nosotros tiene vitalidad extraordinaria, igualmente, fuerza que se llama VOLUNTAD, unas veces, y MORAL, otras, me permitiré, en honor a nuestra amistad que es una continuación de la amistad de su padre, el doctor Alvarado, y atribuyéndome facultades que, aunque en naturaleza no me están concedidas, pero que yo me permito considerarlas como tales, ofrecerle mi voz orientadora, producto de la experiencia de mis años de hombre que ha traspuesto el cenit del cielo de la vida y que, aunque todavía con vigor, ya marcho hacia el ocaso en donde está la única VERDAD libre de los artificiosos conceptos que son los que conducen al género humano a debatirse en una lucha tremenda y sin objetivo final, porque nunca llegan a complacerse en sus interminables persecusiones, mientras se acosan, como insensatos, como faltos de razón y en la oscuridad del sentimiento que demuestra, llegando a la consumación de una amplia retrogradación que lo sitúa en los días de nuestro primitivo ancestro...

El doctor Liscomb, como a impulsos de una influencia poderosa, se había dejado arrastrar, embriagado por la feliz oportunidad que tenía de penetrar en la conciencia del hijo de su malogrado amigo y compañero, por el torrente de su imaginación emocionada, que lo hacía aparecer sublime, con rasgos purísimos de apóstol que enseña una doctrina sagrada al discípulo prometedor. Empero, reconociendo que se extralimitaba en su peroración que abarcaba todos los órdenes de los principios fundamentales que rigen a las diversas sociedades, y al considerar que no era ese el momento preciso para disgresiones de tal naturaleza, y con el pretexto de ahogar en el pañuelo que se llevaba a la boca, un inesperado acceso de tos, prosiguió su alocución.

—...permítame, joven amigo, eficiente compañero, ofrecerle mi consejo como la prueba definitiva de los buenos propósitos que me animan para con usted: no desmaye en sus estudios de post-graduado; marche, con serenidad, como hasta hoy lo ha venido demostrando, por los caminos de la investigación científica; y, sobre todo, no lo olvide jamás, apártese y **sepulte en el fondo del olvido las miserias de las almas ruines**... Si así lo hace, la posteridad honrará el nombre de su padre, al honrar el suyo propio que son el mismo nombre!..

En el ánimo del joven se produjo una sensación indefinible. Sabía que el viejo médico lo apreciaba, pues había podido notar en repetidas ocasiones ciertas muestras de distinción, y una como paternal protección de las que ahora, por vez primera, conocía el origen: la antigua amistad de estudiantes entre su padre y él.

Sin embargo, sentíase como transportado a un plano irreal.

Muy fuertes eran para resistirlas, las emociones que en tan breve lapso venía experimentando. Quedóse mudo, como petrificado. Un rubor le subió, quemándole, hasta el rostro. De primera intención trató de articular alguna palabra de gratitud para el notable hombre de ciencia que le había hecho objeto de tales frases de elevado concepto, cuando se desdobló, en una extraña personalidad, para develarle el pasado horrible en el cual el destino de su padre sorprendió a los humildes moradores de la sierra al quedar sin vida en medio de un camino, aquella mañana brillante, como sobre un túmulo formidable brotado de entre abismos para empinarse, en un impulso de cumbres, hacia las nubes extáticas, las cuales, espantadas por el cuadro trágico de su muerte, emprendieron loca carrera por las laderas inmensas de la bóveda celeste...

Un dolor muy hondo se identificó en su espíritu al reconstruir — como una antigua pintura velada por la páti-

na del tiempo, — el cuadro horrible de su padre herido de muerte.

Y, como un eco de aquélla voz amada, resonó en su conciencia una de las frases de su progenitor, cuando por delante lo traía sobre el corcel nervioso:

—..."¡DIOS ES EL PERDON!.."

Involuntariamente se estremeció ante lo patético de esa frase a la cual no había reconocido identidad, antes de ese momento.

"DIOS ES EL PERDON"..., habíale dicho su padre.

Y, de pronto, como un rayo de luz que penetrara hasta en las profundidades de su mente, recordó, aunque vagamente todavía, aquella peroración en la cual había sido exultada la grandeza del Sumo Creador del universo...

Su imaginación lo llevó hasta el instante preciso de la tragedia. Y nuevamente el eco de la voz de su padre resonó en su conciencia:

—"DIOS TE PERDONE..."

Así habíale dicho a su malévolo asesino.

Volviendo a la realidad, dirigió la mirada hacia el lecho sobre el cual reposaba, regresando del dintel de la muerte, del cual se alejaba más a cada segundo, ese mismo hombre a quien él, el hijo de su víctima, arrancara de los mismos umbrales del "Más Allá", cuando bien podía vengarse de la horfandad a la cual lo había arrojado.

Desvío la vista que tenía fija en el homicida y, clavándola en el doctor Liscomb, como un desesperado que busca la salvación definitiva, imaginó que el viejo galeno le repetía una de aquellas frases consejeras, con las cuales le señalaba el futuro:

—"....**sepulte en el fondo del olvido las miserias de las almas ruines**..."

El joven médico se sintió girar, como si cayera en un vértigo que lo lanzaba a lo profundo de un abismo.

Cerró los ojos y pasóse una mano por el rostro, para librarse de una imaginaria telaraña, de una especie de niebla que lo envolvía.

El doctor Liscomb, notando la transfiguración de su amigo y el balanceo de su cuerpo, volvió a asirlo por el brazo, en previsión a un posible desvanecimiento.

Convencido estaba el viejo médico de que un **álgo** muy intenso ocurría en el alma de su colaborador, pero muy grande fué su sorpresa al ver la reacción tremenda que sus palabras le habían producido.

—¡Doctor Alvarado! — díjole con imperio, a la vez que le presionaba el brazo y lo sacudía ligeramente — ¡Doctor Alvarado!, ¿qué le ocurre?

—Nada, doctor Liscomb — contestó, casi en un susurro, como ausente; — ha sido una ligera indisposición, una especie de lipotimia a la cual he logrado ya sobreponerme. Ruégole excusarme.

Ambos se miraron a los ojos, pudiendo observar el veterano doctor Liscomb que, en los de su amigo, había uno como velo de terrible melancolía, de supremo dolor, de excelsa dulzura y paz...

Confundido por la extraña forma de proceder del doctor Alvarado, y en la más absoluta seguridad de que a éste le ocurría algo poco menos que sobrehumano, y que era inminente que se le ayudara sin tardanza, a fin de sustraerlo de su tortura tan en secreto guardada, lo atrajo hacia sí y, a manera de confidencia, le pidió:

—Le agradecerá me acompañe a mi despacho. ¡Señorita Martínez! — llamó a seguidas.

Tras breve intervalo, y cuando ya se dirigía hacia la puerta que daba acceso al pasillo, para requerirla nuevamente, se dió con la aludida que en ese preciso instante iba a hacer su entrada a la habitación.

—¡Ah!, la llamaba. Señorita — díjole, — como usted asiste en este caso al doctor Alvarado, tenga la bondad de quedarse junto al paciente. El doctor y yo estaremos en mi despacho. Si alguna novedad se presenta, háganos llamar.

Mirando el reloj pulsera, le indicó:

—Dentro de cinco minutos inyéctele una ampolla de Coramina, vía hipodérmica — dijo, mirando al enfermo; — si observa que las agitaciones se hacen convulsivas, por la disnea, repita la inyección si lo ha hecho anteriormente, pero por vía intravenosa esta vez pero con toda lentitud. Si no hay necesidad de esto último, adminístrele una cápsula de Seconal Sódico o un comprimido de Luminal, disuelto en una cucharada de agua. Es necesario sedarlo y tratar de sumirlo en hipnosis — terminó diciendo.

—Entendido, doctor Liscomb — respondió la enfermera.

El doctor Liscomb, volviéndose hacia el doctor Alvarado:

—Salvo su mejor parecer, doctor — le dijo a éste.

El aludido, como si la voz del médico-director le hubiese sustraído de un letargo, balbuceó, medio confuso:

—Está bien..., está bien...

El doctor Liscomb le tomó del brazo, y saliendo ambos al pasillo, encamináronse hacia su despacho.

Ya en el interior, pasándole un brazo por sobre los hombros, le invitó:

Tome asiento, doctor Alvarado, por favor.

El aludido obedeció maquinalmente cayendo como desplomado sobre una amplia y muelle butaca.

¡Daba la impresión de que era un coloso del mito al que hubiesen herido mortalmente, y quien, ya abatido, se entregaba, impotente y laso, entre los brazos omnímodos de la derrota!

XII

El despacho del médico-director era amplio y acogedor.

Varias ventanas de cristales permitían la entrada a la luz.

La estancia estaba ocupada por modernos muebles acoginados.

Junto a la pared había un estante de caoba lustrada repleto de libros y revistas de medicina. Varios cuadros con láminas anatómicas, pinturas y fotografías de médicos célebres, así como algunas alegorías científicas, adornaban las paredes.

Cerca de una de las ventanas estaba dispuesto el escritorio, sobre el que descansaban algunos libros y correspondencia sin abrir aún.

Al lado, una pequeña mesa metálica sostenía un negatoscopio, en el que estaba colocada una radiografía.

El doctor Liscomb, luego de tomar asiento tras el escritorio, sacó un paquete de cigarrillos y ofreció al doctor Alvarado.

—Gracias — correspondió éste, al tomar uno y llevarlo a los labios.

Al encenderlo con la cerilla que le ofrecía su jefe, pareció serenarse y recobrar el ánimo en él habitual.

Lanzó al aire una bocanada de humo grisáceo.

Su pecho varonil se dilató por una profunda inspiración que más bien parecía un gemido sin voz que se producía en lo recóndito de su espíritu.

El veterano médico, sin mirarlo, rompió el silencio de la estancia.

—He podido observar, durante el breve espacio de una hora, que es usted víctima de un estado neurótico cuya etiología desconozco, en verdad. pero que presiento poder llegar a adivinar dónde se origina. Le he llamado por dos razones poderosas. La primera, la antigua amistad y el compañerismo que me unieron a su padre cuando ambos éramos estudiantes, como ya le he dicho. La segunda, por la alta estimación que particularmente usted me merece, y por lo cual le repito lo de hace unos instantes, cuando conversábamos en la habitación del enfermo: veo en usted a una figura prominente de la Medicina contemporánea, y por ello, ahora, le ofrezco todo cuanto esté a mi alcance a fin de que tenga la facilidad y los medios que le permitan alcanzar ese sitial distinguido que es la celebridad.

Hizo una pausa para aspirar el humo del cigarrillo, momento que aprovechó el doctor Alvarado para agradecerle.

—Gracias, doctor Liscomb.

—Ahora — prosiguió éste último, — usted, como médico, sabe las consecuencias funestas a las que se arriesga de continuar en esa torturante tensión nerviosa. Cuando menos se espera, puede sobrevenir un ataque cataléptico, lo cual huelga decir en lo que podría culminar. Yo le aconsejo en este caso presente, doctor Alvarado, que trate de encontrar el medio que le permita sustraerse a ese tremendo malestar moral que le agobia, ¡busque una válvula de escape! De lo contrario, todo cuanto ha logrado alcanzar hasta hoy, así como su brillante porvenir, rodarán al abismo al que usted mismo, conscientemente, se quiere precipitar, porque ha olvidado el principio básico de toda personalidad: ¡la VOLUNTAD!, como antes le dije.

En las facciones de natural expresión serena del doctor Liscomb, se advertían líneas delatoras de una gran lucha íntima librada entre fuerzas titánicas: el fracaso!, y la esperanza del triunfo!

Nunca, ni él mismo, habíase percatado de la significación extraordinaria que representaba para su particular interés, el destino del doctor Alvarado. Pero no manifestó más que en lo inevitable ese vendabal que se verificaba en su intimidad.

Adivinando que poco faltaba para dominar a su amigo en su vacilante condición — ya tambaleante, — se valió de un argumento más poderoso que todos de cuantos había hecho uso.

—Además — y subrayó cada palabra, — usted no puede pensar en sí solo, por que es padre. Su porvenir no le pertenece totalmente, ya que, por obligación frente a la sociedad y a la misma naturaleza, alguna herencia debe dejar a su hijo. ¡Esa herencia de valor inapreciable, es la gloria de su nombre, del cual él y los hijos de él harán ostentación, y le permitirá abrir las puertas que están cerradas para la generalidad de las gentes!

Fué definitivo.

El joven médico, como movido por una fuerza extraña y poderosa, se irguió en el asiento, con la frente alta y la mirada expresiva.

El doctor Liscomb, casi a punto de traicionar su emoción, al sentir una como oleada de felicidad que lo invadía, contuvo el aliento y simuló un ligero acceso de tos.

Fingió leer los sobres cerrados de la correspondencia que ante sí tenía sobre el escritorio.

XIII

—Cumplir con los deberes que nos ha impuesto la naturaleza, deberes inalienables — dijo, al fin, el ya dueño de sí doctor Alvarado, con voz serena, pausada, — es una forma de honradez que enaltece al hombre para su propia satisfacción. Y cumplir con los deberes que nos imponemos por nuestro propio dictado, al actuar libre y voluntariamente, es más que honradez, ¡es casi una virtud excelsa!

Se detuvo un instante, mientras advertía que su interlocutor contraía el ceño, no comprendiendo el significado del argumento que desarrollaba el joven médico.

—Usted, doctor Liscomb, el genio que conoce profundamente la materia humana; que conoce, también, y en lo que le está permitido por la fuerza metafísica que fué origen del universo y de la vida, fuerza a la cual calificamos con una palabra: DIOS, que conoce, repito, dentro de las posibilidades concedidas por esa fuerza Omnipotente, esa esencia, ese principio genésico que las escuelas de las ciencias filosóficas, desde su más primitiva fundación, han llamado: **alma, espíritu,** sinónimo de bien y mal como formas de manifestación del hombre y así mismo por él interpretado — me refiero al hombre, genéricamente visto como especie, dentro del concierto universal y sus grandes reinos naturales, — esa esencia, ese fluído vital que nos hace impotentes en nuestra ciencia, reduciéndonos a un plano real de verdadera incapacidad frente a esa Suprema Voluntad ante la cual nos doblegamos, abatidos y quebrados como

una frágil espiga que azotara una ráfaga, cuando se nos escapa sutilmente, con su evanescencia que constituirá, siempre, un enigma comprendido dentro de ese paréntesis inalcanzable que es nuestra propia génesis — el enigma del SER — como parte de la naturaleza que es la gran y magnífica Obra de DIOS; usted, que conoce las cambiantes manifestaciones del alma, si es que el alma y la mente se pueden confundir en actos expresivos que motivan diversas reacciones del hombre, para manifestarse en sus instintos originarios de primitivo ancestro y en sus formas sentimentales de especie evolucionada en los milenios y que han dado márgen a las distintas culturas que lo sitúa en un plano de superioridad, por sí mismo considerada frente a todo cuanto no sea el propio hombre...

El doctor Liscomb, asombrado por la extraña disertación de su protegido parecía el símbolo del mutismo y la atonía.

...—a usted, doctor Liscomb, le parecerán sumamente extraños, casi ilógicos, los conceptos que he venido emitiendo cuando en el mejor ánimo, voy a develarle una escena del pasado de mi vida, cuyo reflejo no se había proyectado hasta el día de hoy, precisamente. Ahora estará considerando que todo cuanto le he dicho, y que reconozco ha sido una disgresión en cuanto al tema que le trataré, se refiere, pensará, y con cierta razón, que no son los conceptos correctos del cuerdo, sino el desvarío, la inconexión exaltada del neuropatológico. Empero, cuando yo le abra, como lo voy a hacer, las puertas de ese enigma que es el alma, en mí, y pueda usted penetrar en su interior, verá, por sí mismo, cuánta pureza hay y el por qué de esa complejidad de mi coeficiente de moral, nunca contaminada por los miasmas del cieno entre el cual se debaten, como usted mismo dijo, los que sólo tienen **"miserias en sus almas ruines!.."**

Tomó aliento, como un gladiador empeñado en ardua lid contra un oponente formidable.

—La memoria de mi padre tiene para mí toda la fuerza que pueda ser posible resistir en lo que llamamos corazón, literalmente. Por ello, en ocasiones, me siento como poseído por una **presencia** extraña, pareciéndome que dejo de ser yo mismo!.. ¡a veces creo que algún hilo fluídico mantiene a mi padre a mí unido, porque lo **siento** muy cerca...; más aún, lo **siento** dentro de mí!

Al llegar a esta parte de la peroración del doctor Alvarado, el doctor Liscomb se inquietó. Acomodándose sobre el escritorio, con los dedos entrelazados en los que apoyó el mentón, miró con marcada fijeza al doctor Alvarado y su frente poblóse de mayores arrugas.

—Quizás por eso es por lo que me empeño en ampliar mis conocimientos científicos, y, a decir verdad, me doy cuenta de la gran significación que tiene para mí la Medicina. En una palabra, nací para ser médico. Y tal vez ello tenga su origen en mi atavismo. Nunca he tenido que esforzarme al ejercer en ninguno de los casos, ya algo numerosos, que he tratado. Al contrario, me siento con notable disposición.

Hizo una pausa.

—Ahora, doctor Liscomb, a usted, quien tantas esperanzas ha cifrado en mí, ignorándolo yo; quien, franca y sinceramente me lo ha manifestado hoy; quien se empeña en sostener el extremo del cabo de la salvación por medio del cual quiere extraerme de la vorágine en la que me encuentro moralmente, según pudo advertir; a usted, y sólo a usted, repito, le voy a mostrar el foco patológico que es etiología de mi mal.

Se detuvo, como agobiado por un cúmulo de cargas que le pesaban hasta lo indecible.

—Usted, que bien conoció a mi padre en vida, y cuyo destino trágico conoce, ignora, como todos, y como yo por igual ignoraba, hasta este día, la identidad del asesino de aquél, su amigo y compañero, y mi progenitor. Sí, doctor

Liscomb, advierto su sorpresa y mayor será aún, cuando le muestre a la persona a quien el misterio ha venido ocultando durante veinticuatro años, y a quien el castigo judicial no alcanzó.

El doctor Liscomb se irguió en su asiento, estremeciéndose y sorprendido, lo cual pudo observar el doctor Alvarado.

—¡El asesino de mi padre, el hombre que vilmente dió muerte al doctor Alvarado, es ese mismo hombre que, en estado agónico por un edema pulmonar agudo fué y sigue siendo por mí asistido, ahora en una habitación privada de este hospital por mi disposición, y quien está, quizás en este momento, no sólo en vías de salvación, sino de resurrección, cuando mi mano de médico fué guiada, a mis ruegos, por la mano Omnipotente de DIOS!. .

XIV

La revelación que acababa de hacerle el doctor Alvarado y la cual nunca podía imaginar fuera, produjo en el ánimo del doctor Liscomb una impresión tremenda, como si un choque terrible se hubiese verificado entre una violenta máquina de destrucción contra la pétrea barrera con la cual se pretendiera paralizar su efecto demoledor.

Fué tan contundente la confidencia de la cual acababa de ser objeto, que impulsivamente saltó de su asiento quedando de pie con las manos apoyadas en el borde del escritorio, como si se le hubiese presentado Perseo mostrándole la cabeza de su víctima, convertida en trofeo macabro!

Ambos hombres se miraron fijamente a lo profundo del alma!

Parecían dos colosos del Mito retándose a un duelo singular!

Parecía que la voz insepulta de Prometeo, estremeciendo la roca solitaria, sostenía un diálogo terrible con la voz tremebunda de Sísifo, cargado con la roca infernal de su suplicio eterno!. .

Las expresiones habíanse cambiado.

La serenidad y la mesura, estaban fielmente reflejadas en el rostro del hijo del asesinado. . . ¡El espanto, la inquietud, la descompostura, transformaron el rostro del viejo médico, pareciendo, más que un hombre, la estatua simbólica de la desesperación por el terror!

Pero, acostumbrado al dominio de sí mismo, comprendió que el momento era trascendental, solemne, único. Hizo un esfuerzo supremo. Serenóse y, como un ánfora que derramara su esencia de experiencia y bondad sobre una desgarrada alma generadora de luz, permaneciendo aún de pie, rompió el silencio de ese momento culminante.

—Nunca — expresó, — entre todos los hombres a quienes he conocido, había tenido la oportunidad de estar frente a uno que reúna las raras y casi desaparecidas virtudes de las cuales es usted poseedor. Nadie, más que DIOS: Creador y Amo absoluto del universo y de todo cuanto en él existe, y cuya Voluntad es insuperable y jamás igualada, puede oponerse a la ejecución de cualquier acto que, en el caso suyo, quiera usted llevar a cabo, porque es a usted a quien directa y únicamente afecta. Sin embargo, al ser yo un privilegiado de su elevada moral, me permito inquirirle: ¿cuál será su futura actitud frente a ese condenado por su propia conciencia?

El doctor Alvarado, más sosegado que nunca, respondióle:

— En principio, nadie conoce el móvil de la trágica muerte de mi padre. Por lo que a mí respecta, conociendo por labios de mi madre que nunca fué hombre de pendencias ni malvado, considero que su asesino resultó serlo doblemente. Ahora, aunque el destino de ese hombre de alma manchada está en mis manos, como hombre me está vedada la venganza, porque entre ambos es notable la diferencia de edad y fuerza física; y, como médico, practicar la venganza valiéndome, para ello, de una falsa forma de eutanasia, que es inaplicable en este caso por su específica condición patológica, no sería más que una traición a la profesión, una burla a sus sagrados principios y un anatema execrable que mancharía el "Juramento Hipocrático"!

El doctor Liscomb, más sorprendido que nunca iba a hablar, cuando el doctor Alvarado prosiguió.

—¡Tengo honor! ¡Si mi padre, que fué justo en la vida es, por el despojo de los prejuicios, más justo ahora en la muerte, sentirá una gran paz al ver que yo, su hijo, cuando tengo entre mis manos y a mi libre voluntad a su asesino, en vez de arrojarlo al abismo de la muerte le doy la vida, para que la Justicia Divina se cumpla, sin la humana intervención cargada de odio y venganza que sólo existe en los planos de esta vida material y no en los de la vida esencial del "Más Allá"!

Como un juez, pronunció su fallo inapelable:

¡Qué DIOS, justo e imparcial, sea quien sancione al asesino de mi padre!

La emoción experimentada por el doctor Liscomb fué tan intensa que, hombre íntegro y acostumbrado a los grandes dolores de la humanidad, no pudo evitar que sus ojos se velaran por las lágrimas. A punto estuvo de dejar escapar un sollozo de su garganta oprimida.

Sin poder contenerse en su impulso, dió vuelta al escritorio y, con los brazos abiertos, se dirigió hacia el compañero desgraciado a quien estrechó con efusión.

Fué entonces cuando el doctor Alvarado, trémulo de dolor, dió rienda suelta a su horfandad de casi toda la vida...

Si antes había estado magnífico, ahora aparecía aureolado. Había en todo él una luz de pureza que lo santificaba...

Durante breves minutos permanecieron así estrechados materialmente, esos dos hombres que, sin quererlo, se habían unificado tanto espiritualmente, en tan breve lapso.

Transcurrido este momento de inevitable emoción, el doctor Liscomb se apartó y, tomándole por ambos hombros le dijo:

—Doctor Alvarado, el paciente privado que usted internó hace algunas horas, tiene necesidad de su atención.

Dentro de algún rato iré a asistirle a usted en sus cuidados para con él.

Y terminó diciendo:

—¡Es necesario salvarlo!

¡Elocuente manifestación para hacerle comprender al joven médico que compartía plenamente su intención excelsa del deber, y de la sumisión a la Suprema Voluntad de DIOS!

XV

Al llegar a la habitación del enfermo, el doctor Alvarado llamó a su enfermera asistente.

—Señorita Martínez, le agradeceré el favor de llamar a mi esposa por teléfono y, de mi parte, dígale que necesito permanecer en el hospital por tiempo indefinido. Que me envíe ropa y el estuche de viaje. Que no se preocupe y que puede venir a verme cuantas veces lo desée.

—¿Solamente, doctor? — preguntóle la enfermera.

—Solamente—contestó el interpelado, pero, a seguidas, agregó, — y que bendiga a nuestro hijo en mi nombre...

La enfermera abandonó la habitación.

El médico quedó junto a la puerta, de espaldas al lecho del enfermo.

Al volverse de frente, se dió con los ojos de éste que le contemplaba con una especie de muda interrogación. Era como una sorpresa reflejada en el rostro del anciano postrado. Parecía que sus pupilas cansadas escrutaban hasta el fondo de su alma...

El doctor Alvarado le contempló durante unos instantes.

Acercándose, le tomó el pulso. Miró el reloj indicador de la presión del tubo de oxígeno. Tomando el estetoscopio, auscultó ambos hemitórax. Luego, en la tablilla récord del Tratamiento, leyó detenidamente todo cuanto se había hecho.

Consultó su reloj pulsera con rápido movimiento de vista y, encendiendo un cigarrillo, se sentó en una butaca de metal que había dispuesta a un extremo de la habitación.

Ya el sol escapaba del cenit para rodar pendiente abajo hacia el véspero crepuscular, que habita con sus sombras espectrales tras la línea de occidente...

Allí mora Hipnos...

Era la hora en la cual la mente se embota por el bochorno del día, cuando cae, hecha ascuas, la bendición del magnífico rey de la luz...

Febo, erguido, fustigaba los corceles que arrastran su carro de oro y fuego...

El enfermo, desde su posición reclinada en el lecho, con un leve movimiento de cabeza, pudo mirar libremente al meditabundo doctor Alvarado, quien aparecía hermético; extraño a todo cuanto le rodeaba; ido en sus pensamientos inescrutables...

Así permaneció durante un rato, hasta que la enfermera lo sustrajo de su estado de fuga.

—Doctor — le dijo al entrar, — he cumplido con el encargo que me hizo de avisar a su esposa. Al principio se alarmó, creyendo, sin duda, que algo le había ocurrido a usted y que trataba de ocultárselo. Pero, luego, al decirle que podía venir cuantas veces lo deseara, se tranquilizó. Me encargó le dijera que dentro de un momento vendrá personalmente a traerle los efectos que usted le solicitó.

—Gracias, señorita; le estoy muy agradecido por todo —respondió el médico.

Hizo una pausa breve para proseguir.

—Como dentro de algunas horas termina su servicio cotidiano y le toca, además, libre el día de mañana, le agradeceré me recomiende a una de sus compañeras para que me asista, como enfermera exclusiva de éste paciente.

—Oh!, doctor, ya había pensado en eso y, si a usted le agrada mi poca cooperación, le ruego me permita quedarme a su lado. No tomaré día libre mientras usted me necesite.

El médico se la quedó mirando.

Levantándose se acercó a su fiel asistente y, rodeándole los hombros con un brazo, la atrajo hacia su pecho.

—No imagina usted el inmenso valor que representa ese gesto tan leal y desinteresado, con el cual sacrifica hasta su merecido y tan necesario descanso semanal — le dijo quedamente.

—Usted lo merece todo — respondió ella.

El médico no contestó, sino que la atrajo hacia sí, nuevamente.

¡Habló su alma agradecida con la voz magnífica del silencio!

Consultando el reloj pulsera, el doctor Alvárado pareció sorprenderse.

—¡Van a ser las dos! Vaya a comer — recomendó.

—Y usted?

—No tengo apetito.

—Entonces hice bien en ordenarle un jugo cuando venía de cumplir con su encargo telefónico.

Una sonrisa amplió la boca del galeno en señal de reconocimiento.

Antes de que pudiera advertirlo, la enfermera había salido de la habitación.

El enfermo hizo ademán de querer hablar pero, advirtiéndolo, el médico le contuvo con un gesto, mientras le decía:

—No hable — y a seguidas — ¿es que desea algo?

Este hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Aquí está su jugo, doctor — interrumpió la enfermera, irrumpiendo en la habitación.

—Gracias.

Comenzó a apurar el refrigerio a pequeños sorbos.

—¿Desea alguna otra cosa, doctor? — inquirió ella.

—Por ahora, nada más, señorita. Buen provecho le haga el almuerzo.

Ella agradeció en silencio.

Y abandonó la estancia con paso firme.

XVI

—¿Alguna novedad? — preguntó el doctor Liscomb, entrando a la habitación.

—Ninguna, doctor — contestó el doctor Alvarado, y agregó, — la señorita Martínez, a quien ordené fuera a almorzar, le administró una cápsula de Seconal Sódico, cumpliendo con su indicación de usted. También la Coramina, vía intramuscular. Hace unos momentos le hice un reconocimiento y he pensado someterlo a un Tratamiento con Clorhidrato de Terramicina de doscientos cincuenta miligramos, para inyección intravenosa, disueltos en cien gramos de Dextrosa al cincuenta por ciento, combinándola con Dihidroestreptomicina en inyección intramuscular, cada doce horas. Esto, salvo su mejor parecer.

—Bien pensado — contestó el viejo médico —, así quedaremos a cubierto de ser sorprendidos por alguna infección resistente a cualquiera otro antibiótico de menor espectro antimicrobiano que estos. Por el contrario, ello vendrá a coadyuvar a que el tratamiento que se le ha seguido hasta ahora, contra el edema pulmonar, sea más eficaz, cuando no tenga, como etiología, el pensado hasta este momento, que es el de origen inflamatorio; y ¿cuál tratamiento seguirá para la hipertensión?

—Uno combinado de Serpasil, que es la Rauwolfia, con Apresolina. Para evitar el efecto sedante excesivo que puede producir el Serpasil, administraré, durante el día, Apresolina y, en la noche, el Serpasil.

—Muy acertado en su prescripción, doctor — le dijo el doctor Liscomb.

Cambiando el tema científico, continuó, esta vez dirigiéndose al doctor Alvarado personalmente.

—Trate de evitarse una excesiva fatiga, pues bien sabe que ello puede afectarle considerablemente. He dispuesto que hagamos la cena en mi despacho, ya que estoy enterado de que vá a permanecer en el hospital por algunos días, lo cual considero innecesario y hasta imprudente para su propia salud. Así es que a las siete lo espero para que tomemos juntos la cena.

—Me honra usted, doctor Liscomb, con su amable invitación — contestó el doctor Alvarado.

—Hasta entonces — se despidió el director.

—Hasta entonces — correspondió el joven.

Transcurrido apenas un cuarto de hora de haber salido a comer, reapareció la enfermera, portadora de una bandeja, sobre la cual llevaba un vaso de agua helada y una humeante taza de café.

El médico la miró significativamente.

—¡Oh!, se lo agradezco de veras.

Ella no contestó, sino que se mostró como si su atención careciera de importancia.

Por la forma sorprendente en la que se habían desarrollado los acontecimientos, y en los cuales tomara participación especial, nada menos que el doctor Liscomb, ella presumía que una extraordinaria razón, muy agena al ejercicio profesional, era la causa de la resolución tomada por el doctor Alvarado. El gran afecto que por él sentía, fué lo que la decidió a permanecer a su lado, mientras éste no abandonara el hospital.

Tomó la taza que le ofrecía ella y consumió el negro contenido que llenaba con su aroma la habitación. Lo apuró

con deleite, poco a poco. Terminado que hubo, tendió la taza a su auxiliar, la cual la colocó sobre una mesita.

—Señorita, voy a salir un momento para ordenar un pedido a la farmacia. Le ruego esperarme.

Ya en el dintel de la puerta se volvió hacia ella y, haciéndole una señal con la cabeza para que se le acercara, le dijo, con voz sólo para ella perceptible:

—Bajo ningún concepto entable, ni ahora ni otro día, conversación alguna que a mí se refiera con éste paciente; mucho menos, decirle mi nombre, el cual debe ignorar a toda costa. Es muy importante, aunque usted ahora no comprenda la razón por la cual debe ser así. Recuérdelo bien, señorita Martínez. Y no permita, además, que éste paciente tenga contacto con ninguna otra persona que no seamos el doctor Liscomb y yo.

—Muy bien, doctor — contestó ella con acatamiento.

El médico se retiró y ella, frunciendo el ceño, lo miró mientras se alejaba por el pasillo para ir a efectuar la llamada telefónica, como antes le había manifestado.

Volviendo la vista hacia el enfermo, le contempló con una interrogante muda de voz, pero elocuente de luz en las pupilas. Fiel cumplidora de lo que se le indicara, se hizo el firme propósito de no violar las disposiciones dadas por el doctor Alvarado, aunque su natural curiosidad de mujer le producía uno como escozor íntimo por saber qué se ocultaba tras la reserva casi misteriosa velada por la actitud hermética del doctor Alvarado, y compartida por el doctor Liscomb.

Se sintió hondamente impresionada, sin poder definir la razón exacta de ese sentimiento extraño. Una nostalgia la invadió de pronto, y experimentó la sensación de estar como abandonada en una terrible soledad que le venía de lo profundo de su sér. Se sentía íntimamente identificada con el médico, a quien admiraba, y con el cual venía ya

colaborando hacía algún tiempo. Veía en él una conciencia limpia y un alma siempre dispuesta a la filantropía.

Rato después el doctor Alvarado penetró en la habitación, llevando un pequeño envoltorio de papel.

Eran los medicamentos que iba a aplicar y de los cuales antes había hablado al director de la institución.

Diluyendo con una ampolla de agua destilada el contenido del frasco que sostenía en la mano izquierda, aspiró el poderoso antibiótico en la jeringuilla, mezclándolo, a su vez, en uno de los frascos de Dextrosa. Colocó el dispositivo. Su ayudante ligó el brazo derecho del enfermo por sobre el pliegue del codo y, desinfectada que estuvo la región elegida, el médico hizo la venepuntura en la Mediana Basílica; abrió el regulador de la válvula de Murphy, y la solución comenzó a bajar gota a gota.

Transcurridos algunos minutos de haber comenzado la aplicación del medicamento, le pidió a la enfermera la tablilla récord y anotó en la hoja de TRATAMIENTO: 3.05 p. m.: Clorhidrato de Terramicina de 250 mgs., en 100 c.c., de Dextrosa al 50%, cada 12 horas, vía intravenosa. Administrar 3 veces al día, 1 comprimido de Apresolina; durante la noche, 3 comprimidos de Serpasil de 0.25 mg.

Firmó las indicaciones, al pie de la hoja.

Pasó la tablilla a la enfermera, nuevamente, e hizo un breve reconocimiento clínico al paciente. Satisfecho por su estado, salió al pasillo y, sentándose en una silla expresamente dispuesta junto a la puerta, encendió un cigarrillo y se hundió en el abismo de sus pensamientos...

Así transcurrió el tiempo.

En el ocaso, como si estuviese cansado por la faena realizada desde el amanecer, vistió el sol sus ropas de dormir y se echó sobre el lecho gigante del horizonte...

El despojo de sus vestiduras reales de astro magnífico tiñó de púrpura la senda inmensa de la comba celeste, antes escalonada de purísimas nubes níveas...

Y la noche, protectora de Hipnos tendió su manto de misterios para que Selene recorriera su órbita eterna, repartiendo los bienes de sus arcas reales convertidos en sutiles rayos de luz argentina, entre el imponente cortejo de las estrellas trémulas que le rendían un tributo de admiración, en el gigantesco trono del dosel del firmamento...

XVII

Sucediéronse los días.

La marcha inmutable del Tiempo: **creador, crisol de metamorfosis y destructor, al fin,** de la vida en el concierto cósmico, contempló a este émulo del Rabí vivificador, quien pareció repetir las palabras del Maestro: "¡LAZARO, VEN FUERA!"

XVIII

Por un amplio pasillo caminaba, erguido en su porte y pulcro en su blanca vestidura, el doctor Alvarado.

Al llegar a la puerta de la habitación ocupada por el anciano, a quien desde hacía dias venía asistiendo en su serio quebranto que lo llevara al borde mismo de la muerte, se detuvo, con cierta indecisión.

Reaccionando, traspuso la puerta.

Allí se encontraba, en compañía del paciente, la enfermera que durante esos largos días le había venido asistiendo en su empeño encarnizado, cuando se decidió a restaurarle la salud a ese hombre, autor moral y material de la gran tragedia que registraba en los años de su vida.

Deteniéndose junto a la enfermera, quien se había puesto de pie al verle entrar, le dijo:

—Señorita Martínez, el doctor Liscomb me encarga decirle que tiene usted, a partir de este momento, quince dias de vacaciones. Le recomiendo las pase fuera de la ciudad, si es que nada le impide hacerlo.

Señalando el sobre cerrado que llevaba en una mano, continuó:

—Dentro de este sobre está anotada la dirección de una casa de veraneo, a orillas del mar.

Se lo alargó, tomándolo ella.

—En lo que a mí respecta — prosiguió diciéndole, — sólo le digo: estoy sincera y profundamente agradecido por

su asistencia que no pudo ser más eficiente, así como de su adhesión incondicional a mí en este caso, a costa de su descanso habitual y de las consiguientes distracciones que tantas faltas nos hacen a quienes tenemos la humanitaria y nunca justamente recompensada misión de trabajar en centros de beneficencia como éste. Es usted una gran mujer y una compañera inigualable. En cualquiera ocasión de su vida profesional o privada, en la que se vea precisada de un amigo que la sirva, no vacile en acudir a mí. ¡Siempre me encontrará dispuesto en su favor!

Ella, con el sobre aún en la mano, ignorando que dentro del mismo había varios billetes de banco, con una honda emoción, y sin guardar la disciplina que debía observar ante su superior, inclinó la cabeza sobre el pecho del médico y un sollozo delató el raudal de las lágrimas que incontenibles asomaron a sus ojos para resbalar por las mejillas abrasadas.

Apenas pudo articular:

—Gracias.

El doctor Alvarado la apartó. Con su propio pañuelo secó esas lágrimas puras y, para romper la tensión del momento, le dijo, con mal simulada energía:

—Ahora, a cambiarse las ropas — y le dió la espalda.

La enfermera, comprendiendo que era una orden muda para que se marchara, abandonó la habitación.

Sentado al borde de la cama estaba el anciano.

XIX

Había sido testigo de la escena que acababa de ocurrir entre el médico y la enfermera.

En su rostro surcado de profundas arrugas, se advertía una interrogante muda para consigo mismo.

El doctor Alvarado, de pie frente a él, y con acento que no dejaba traslucir emoción alguna, le habló, calmadamente.

—Vengo a comunicarle que le doy de Alta. Está usted totalmente restablecido de la dolencia por la cual fué traído a este hospital. Su vida futura ha de reducirse, estrictamente, al plan siguiente: el mayor reposo, la dieta anotada en la hoja de papel que contiene este sobre — y sacó uno del bolsillo de la chaqueta —; pero como su condición económica no le permite el lujo de vivir sin producir el diario sustento, con la suma que aquí vá contenida — señaló el sobre y se lo alargó —, puede usted iniciar algún negocio entre casa que le reporte la ganancia necesaria para cubrir sus gastos personales.

El anciano, con el sobre ya en su poder, se incorporó del lecho, sorprendido.

Con voz entrecortada se dirigió al médico:

—Desde pocos momentos después de haber sido traído aquí, a este hospital, cuando me sentía morir, he ido observando en usted una rara forma de proceder, la cual ha llegado a ser especial para conmigo. Me he preguntado, mil

veces cada día, el por qué de sus afanes para restaurarme la vida, primero, y luego la salud. Por más que pienso, no puedo comprenderlo. Ni siquiera sé su nombre. Aunque no puedo decir que le conozco, **a veces me dá la impresión de que le he visto antes.** Pero no puede ser, **porque me parece que hace mucho tiempo. . ., años. . .,** y es usted muy joven para que sea posible.

El doctor Alvarado contrajo las facciones en un gesto de infinita amargura y supremo dolor. . .

De pronto, como impelido por una fuerza extraña, con voz imperiosa y con los ojos fijos en su interlocutor, el médico le inquirió:

—¿Por qué mató usted al doctor Alvarado?

El anciano se estremeció por la pregunta, cuando tan agena a ese pasado hecho sangriento era la conversación que sostenía con su salvador.

Recordó que éste habíale servido de confesor y, reponiéndose, consideró que la pregunta del galeno se debía a simple curiosidad, aunque le sugestionaba la expresión casi fiera de la cara de ese hombre que tántas muestras de abnegación habíale demostrado.

—Por equivocación — repuso. — Confundí los pasos de la cabalgadura del doctor Alvarado, con los de la de otro hombre con quien había tenido un incidente por cuestión de colindancia entre nuestras tierras.

Terminado que hubo de contestar, bajó la cabeza.

El médico dejó escapar un suspiro por mucho tiempo contenido.

—Puede usted vestirse — le ordenó —; avisaré a la enfermera Superiora para que lo conduzca hacia la puerta — le dijo el doctor Alvarado, cambiando el tenor de la conversación.

Iba ya a bandonar la habitación, cuando la voz insegura del anciano le detuvo.

—Doctor, por favor, espere un momento.

Este se volvió y regresó hasta próximo al lecho. Esperó sin hablar a que el otro lo hiciera.

—Doctor — prosiguió el anciano —, hace un momento le decía que había advertido sus extremadas atenciones para conmigo. Tengo entendido que esta habitación hay que pagarla; he visto que muchos de los medicamentos que usted me ha aplicado fueron comprados, porque los papeles en los que venían envueltos, tenían el nombre de una farmacia de la ciudad; usted mismo ha permanecido sin salir del hospital desde que me trajeron, y únicamente a mí es a quien ha asistido desde entonces; la enfermera, igualmente. Me ha salvado la vida a costa de sus desvelos y haciendo gastos de hospital y en la farmacia. Y ahora, cuando me dá de Alta, me entrega este sobre conteniendo una suma de valor. No recuerdo que usted nunca haya tenido nada que agradecerme, porque ahora es cuando nos hemos conocido. ¿Por qué, doctor, usted ha hecho todo esto conmigo?

El doctor Alvarado intensificó la mirada y, como en un grito irreprimible, le contestó:

—¡PORQUE EL HOMBRE A QUIEN USTED MATO EN LA SIERRA, AQUELLA MAÑANA, HACEN VEINTICUATRO AÑOS, EL DOCTOR ALVARADO, ERA MI PADRE!

El anciano se tambaleó, espantado, como si un rayo lo hubiese fulminado!

Le pareció que el infierno se abría a sus pies!

El médico le asió por un brazo y lo sentó en la cama.

Prosiguió diciéndole:

—¡YO SOY EL NIÑO QUE LE ACOMPAÑABA CUANDO USTED LO MATO!

Con los ojos desmesuradamente abiertos, el anciano se le quedó mirando.

¡Parecía la encarnación del terror!

En un arranque de indescriptible desesperación y supremo arrepentimiento, cayó de rodillas ante su salvador, tomándole las manos y exclamando:

—¡Perdón!, ¡perdón!

El médico le hizo incorporarse, respondiendo:

—¡Yo no tengo que perdonarlo!

—¡Sí, doctor, perdóneme!

—¡Nó — contestó —; QUIEN únicamente tiene PODER absoluto para perdonar un pecado criminal como el por usted cometido, es DIOS!..

Alzando la vista hacia un trozo de cielo que se veía a través de una ventana, prosiguió:

—Ningún hombre está dotado de facultades Divinas. ¡Ni aún de la más pequeña! Si la Justicia humana no lo identificó como al asesino de mi padre y así pudo evadir su castigo; si permaneció oculto hasta hoy a todas las conciencias, como autor que fué de ese crimen; si por fuerza del Destino llegó hasta mí, moribundo, y, por servirle de confesor **in extremis**, conocí su secreto; si, arrepentido, y sabiendo ahora quién soy, clama mi perdón, como una víctima más que fuí de su fatal error, está usted libre de la pena que en la tierra se impone a quienes cometen semejante falta. Ni yo, el hijo de su víctima, puede perdonarle. Recuerde las últimas palabras de mi padre para con usted: "DIOS TE PERDONE"... Es a EL, a ese SER SUPREMO, a quien tiene que clamar misericordia!..

Tomó aliento para finalizar.

—Es ante EL ante quien tendrá, cuando la muerte lo arranque de esta vida, que postrarse de hinojos para implorar su misericordia infinita!.. Es ante DIOS, porque DIOS ES EL PERDON!..

El anciano pareció abatirse hasta la agonía...

El doctor Alvarado hijo, salió de la habitación.

XX

En el pasillo, frente a la puerta, estaba el doctor Liscomb.

Lo había oído todo.

Estrechando al joven médico entre sus brazos trémulos, el viejo médico, con los ojos arrasados por la emoción, sólo pudo repetir:

—**DIOS ES EL PERDON**...

Palo Blanco,

otoño del 1953.

Del mismo autor próximas a publicarse:

"REJAS" (Epístolas a mi hijo Enrique) -inédita-

'EL FALSO CRIMEN DE LA TOTUMA" -en preparación-

INDICE

Dedicatoria	Pág.	7
Ofrenda	"	11
Liminar	"	15
Introducción	"	19
A manera de Prólogo: Merecido Homenaje Póstumo	"	27
Palabras Sagradas	"	35
Capítulo I	"	39
" II	"	43
" III	"	47
" IV	"	49
" V	"	51
" VI	"	57
" VII	"	61
" VIII	"	63
" IX	"	65
" X	"	67
" XI	"	73
" XII	"	79
" XIII	"	83
" XIV	"	87
" XV	"	91
" XVI	"	95
" XVII	"	101
" XVIII	"	103
" XIX	"	105
" XX	"	109

COLOFON

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de la Editora del Caribe, C. por A., en Ciudad Trujillo, República Dominicana, el día 15 de noviembre de 1956. "Año del Benefactor de la Patria".